

ALFAGUARA

Rodrigo  
Ramos Bañados  
Ciudad berraca



Narrativa Hispánica

## Índice

Cubierta

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

Créditos

«Colombianos traficantes, fuera de Chile». «Pobrecitos los colombianos, los discriminan». «Negros narcos». Las frases fueron escritas con pintura roja en las murallas, delante de la fila de extranjeros que culebreaba por las soleadas calles de Antofagasta hasta el edificio de la gobernación, a un costado de la plaza Colón, la plaza principal de la ciudad y centro social antes de la construcción del mall. También la llamaban la plaza de los gitanos, pues ellos se bañaban en las dos fuentes de agua casi todo el año, a excepción del invierno, cuando el municipio secaba los platos. Era junio el único mes cuando se sentía realmente el frío y los colombianos se abrigaban hasta el cogote. El resto del año caminaban con camisetas, sueltos, extrovertidos, alegres, y esa alegría, esa verborrea y esa sensualidad de cuerpos libres contrastaban con ciertas personas de allí, de movimientos apretados como robots viejos y miradas punzantes, como si en sus ojos tuvieran dos porciones de fuego lanzadas por el cañón de un averno intestino para incinerar lo que parecía malo. Eso, lo malo, era sin duda lo que no se conocía, lo distinto, como el raro entusiasmo que puede ser el carnaval de una nueva vida, la alegría de una nueva oportunidad de los extranjeros que semanas antes habían sido desahuciados por la guerrilla.

Para esos muertos, llegar a Antofagasta era como alcanzar el cielo que dibujan los Testigos de Jehová en su tornasol revista *Atalaya*, aunque en este caso fuera un atosigante paisaje ocre sacado de las crónicas marcianas.

Pocos en la provincia se esforzaban por conocer a los extraños, pues pertenecían a un mundo pequeño y aislado, lleno de divertidos prejuicios socarrones. Un mundo que era como un enorme cementerio de neumáticos de camiones mineros, de esos que parecen escarabajos fosilizándose a un costado de la Panamericana, porque las carreteras, en el norte de Chile, están llenas de fósiles industriales. Y viajar por ellas hace sudar el culo, sobre todo en el momento en que el sol desvanece la sombra al punto de hervir la piel y aturdir la vista hasta partir el paisaje en minúsculos granos rojos como los de la granada.

A los colombianos sobrevivientes solo les quedaba disfrutar del nuevo mundo desértico al que en las revistas económicas comparaban con Bahrein, pero esto no era ni la periferia de Bahrein ni nada parecido y tocaba celebrar la vida en una tierra extraña, sin importar lo que dijera el resto; por eso la música, la parranda, la soltura y el baile.

Y claro que no les iban a asustar las miradas recelosas si venían de la guerra.

Y por supuesto que las miradas eran punzantes si estos inmigrantes querían transformar esto en

Antofalombia.

A la plaza Colón también la llamaban la plaza de las palomas, la de los lustrabotas, la de los jubilados y la de los librerías, esto último por dos hombres que recopilaban artículos del diario sobre las añejas salitreras transformándolos en libros, que vendían bien. Los pampinos habían adornado con tanta obsesión el pasado, ese pasado de chusca, sudor, sol y balas, que lo habían convertido en una suerte de edén, negando el presente, encuevados en sus villas. A la plaza le decían asimismo la de los colombianos, porque acampaban de madrugada en sus recovecos esperando turno para legalizar los papeles en la oficina de extranjería que estaba al frente, y armaban allí pequeñas rumbas de un híbrido entre cumbia, salsa y reguetón.

Hasta un plátano había brotado de la nada a un costado de la plaza, justo donde pernoctaban los colombianos, y ese perturbador árbol, de tallo laxo como el miembro de un caballo negro, horrorizaba a los nativos, pues de un día para otro se había transformado en el símbolo de eso que llamaban despectivamente una ciudad bananera, una ciudad del trópico. Pero esto era Chile, el frío Chile, el antártico Chile, el sureño Chile, el europeo Chile y el blanco Chile: un país sin plátanos.

Cada tanto los rayados eran borrados con pintura por la municipalidad luego de las cartas tipo denuncia de xenofobia que aparecían en *El Mercurio de Antofagasta*, el diario que masificaba la manera de pensar de los poderosos, con un tiraje promedio de ocho mil ejemplares en una ciudad de al menos cuatrocientos mil habitantes. Cartas firmadas por una elite progre o de izquierda o influenciada por los jesuitas, que había adoptado como forma de vida la defensa hacia los extranjeros, pues no soportaba el maltrato que le daban algunos de los antofagastinos, sus coterráneos.

Los colombianos habían arribado en oleadas desde Buenaventura y Cali, aunque ellos decían que provenían del Valle del Cauca y algunos lo imaginaban como un valle de moscas y sangre en cuyo corazón podría estar la hacienda de Escobar en decadencia, con hipopótamos caníbales, tesoros llenos de billetes y cocaína de la buena enterrada por alguna parte. Llegaron desplazados por la guerrilla interna, con la esperanza de vivir tranquilos en una ciudad que, según habían escuchado, demandaba trabajo para la minería, donde se pagaba bien y donde se podían hacer negocios de los buenos y de los otros, y enviar el dinero seguro, que se multiplicaba en Colombia, por Ria o Western Union.

Pronto, en la noche, y a veces frente a la mirada indiferente de los madrugadores inmigrantes, los rayados xenófobos resurgían como un terco sarpullido ante los rostros a los que solo podía ahuyentar una ráfaga de balas en la fogosa vegetación del valle, del famoso Valle del Cauca.

En esa sucesión de escritos y borrados se encontraba la ciudad cuando, en la primavera de 2012, arribó la familia Parrada Castillo. Entre esos afrodescendientes latinoamericanos, o negros latinos, o colombianos negros, o colombianos de Tumaco, o negros pobres, o grones, o simplemente negros, estaba Jean, un chico de dieciséis años que llegó con la misión de ayudar a

su padre, así se lo encomendó, en todo lo que le solicitara. Había que sobrevivir. Pero el chico sabía que su padre era imprevisible y que, de un día para otro, podía desaparecer del mapa, y por eso todo lo que le decía le entraba por una oreja y le salía por la otra como un eructo.

El apoyo, le diría su padre, consistía en cargar sacos, tirar de un carretón, cuidar la fruta o, cuando tuvieron casa, quedarse protegiendo a sus dos hermanos menores mientras los padres vendían las papas rellenas que cocinaban afuera de la casa en una olla ennegrecida por la quema del fuego a leña; a su madre no le gustaba prepararlas de otra forma, o más bien no había gas para hacer funcionar la cocina. Eso fue en un principio, porque las cosas mejoraron con el paso de los días y en esa ciudad berraca que vivía su esplendor económico —gracias al precio del cobre que estaba en las nubes de la bolsa de valores de Londres— el billullo empezó a llegar a todos.

Ni hablar de estudios, pues Jean había cursado hasta lo que en Chile denominan el primero medio; le quedaban pendientes tres cursos o tres años para alcanzar la posibilidad de hacer estudios superiores, algo que estaba por completo descartado por su padre.

El problema para Don Parrada era que el adolescente Jean, de mirada esquiva cuando le hablaba, no tenía entre sus planes desarrollar una vida tan simple, ni menos ser lo mismo que su padre: un desplazado que se las arreglaba, en cada lugar adonde iba, trabajando en cualquier cosa aunque en nada fuera de la ley, aclaraba tocándose la barbilla como filósofo; y así lo repetía como mantra cuando iba camino a Chile, nada fuera de la ley, aunque por experiencia sabía que la ley de la calle era mucho más efectiva al momento de condenarte que la otra, esa ley que se podía comprar.

El señor Parrada estaba condenado por la calle de Tumaco a la pena de muerte. Su hijo, mientras su padre le repetía con obsesión lo que tenía que hacer cuando la familia avanzaba por los serpenteantes caminos costeros del sur de Perú, se imaginaba en cambio conduciendo un tanque.

Lo hacía para sentirse protegido. Le gustaba jugar a los militares, a la guerra. La madre, cuando Jean tenía cinco años, le había regalado una bolsa con soldaditos de plástico, a la cual se sumó otra y otra más hasta juntar una cantidad considerable. Una de ellas venía con unos tanques similares a los vehículos blindados del ejército colombiano.

Eran los días en que los militares, paramilitares, las FARC y las AUC —y luego otras guerrillas y hasta la policía— mantenían incendiada la selva cocalera y la propia ciudad de Tumaco, conocida como la perla del Pacífico, dejando un montón de muertos, heridos, viudas y huérfanos.

Jean imaginaba a las tanquetas circulando por la ciudad y los bosques en llamas. Aunque era solo un juego, esos días también le tocaba observar cómo llegaban a relajarse a Tumaco los milicianos, algunas veces sin el uniforme, cuando bebían como quien lo pasa bien entre amigos, y entonces nadie entendía nada. Sin la metralleta eran criaturas normales, a veces eran los mismos del barrio. Lo cierto es que cualquiera ahí podía llegar a ser un militar y también cualquiera podía

sembrar una hectárea de coca bien plantada. Armas, en este Vietnam colombiano, se podían conseguir en todas partes.

Pero Jean guardaba la esperanza. Incluso más allá de las limitaciones que le imponían los chilenos, que lo tildaban de grone, colombiano y pobre; lo último era lo que más le molestaba, pues él quería prosperar.

No era lo que pensaba el bando de los anticolombianos del Chascón Marcos, cuyos miembros rayaban las paredes de Antofagasta y argumentaban en favor de su espontáneo odio. Una de las razones más comunes que daban en contra de los colombianos era que se habían tomado la calle Condell, aquella donde antes proliferaban con cierta modorra los locales nocturnos para trabajadores, unos borrachines que se deshacían en sudor viendo girar los pollos en una asadora gigante mientras picoteaban papas fritas en cambuchos de cartón.

Ahora cuánto había cambiado la ciudad desde que llegaron los colombianos, cuyas mujeres habían destruido las familias y elevado las cifras de enfermedades de transmisión sexual como la sífilis, según había dicho el intendente a la prensa, ante el escozor de los progres. Estos observaban la inmigración como un proceso en el cual, en el futuro, de la misma forma como había sucedido en Nueva York, los turistas podrían visitar la Little Colombia de Antofagasta, la Antofalombia y hasta la Antofalopa.

Algunos colombas, a vista y paciencia de los transeúntes, se dedicaban a vender droguitas en la calle y lo peor era que se hacían notar por su prepotencia alharaca. No ayudaba a su reputación esa mezcla de diálogos a viva voz y cruces de manos con papelillos de coca —pateada con pastillas para perros molidas—, droga que dejaba a los faloperos chilenos con catarro y los ojos picando, con gesticulaciones obscenas y viendo luces rojas brotar como cuernos de bestias en los tugurios sudados donde reinaba el verano, cuyos caños eran desinfectados después de que las chicas, también en su mayoría colombianas, se frotaban desnudas.

Esos colombas intimidaron esta provincia aislada de Chile, que solo había visto a negros gringos y bien alimentados —como el mismísimo Shaquille O’Neal en la operación Unitas—; eran invasores condenados como personas de mala vida, de malas costumbres. Contaminaban las calles otrora tranquilas, aunque eso evidentemente era un mito, porque los chilenos siempre estuvieron emborrachándose, puteando y festeando. Sin embargo, la escena de los extranjeros fabricando hueveo y golpeándose unos a otros asomaba a diario en los medios de comunicación, y eso hacía brotar la urticaria en los antofagastinos más conservadores.

Los colombianos problemáticos, los que delinquían, eran a fin de cuentas unos pocos. Y unos pocos antofagastinos eran los que creían que no se podía meter a todos los colombianos en el mismo saco.

Así, la guerra en las murallas de la ciudad minera estaba declarada.

Cuando Jean se aburría de que lo miraran como lo peor, imaginaba ser un miliciano dentro de un tanque, en una ciudad selvática en ruinas.

Jean podía proyectarse también haciendo algo extraordinario por su comunidad, convirtiéndose en una suerte de elegido, pero no como un Cristo de los inmigrantes. Jean no estaba para inmolaciones. Lo suyo era combatir. Enemigos había, entre ellos esos metaleros locos y fascistas encabezados por el pelucón Marcos, que fantaseaban con crucificar a colombianos delincuentes y drogadictos en la cumbre del cerro El Ancla, y así lo dejaron en claro cuando dibujaron en las murallas a negros clavados en cruces invertidas, simulando la marcha romana que derrotó a Espartaco y a sus camaradas gladiadores.

Las reacciones de los colombianos ante los rayados comenzaron a aparecer un año y medio después de la llegada de los Parrada Castillo, justo antes de un partido de fútbol entre Chile y Colombia por las eliminatorias al Mundial de Brasil, un partido que terminó en lo que se conoció como la batalla de Antofagasta.

Cuando llegaron a Antofagasta, el padre abrazó fuerte a la madre como en los finales de las películas románticas de los años cincuenta y les dijo a todos, con una expresión grave, como si hubiera descubierto la pólvora, que allí se quedarían hasta quién sabe cuándo en esa ahogada ciudad sin árboles, algo que los hermanos habían notado apenas pisaron el país. Jean miró alrededor en 360 grados y solo vio cerros y océano, y le gustó esa sensación de desamparo. Entre las montañas y el mar se extendían, a lo largo de la costa, edificios modernos y por detrás casas que, desde las más grandes hasta las más pequeñas, se iban difuminando hacia el cerro. Esa hilacha, mirada desde el cielo, se asemejaba al fósil de una bestia prehistórica echada y delgada. En ese momento Jean comprendió, a diferencia de algunos de los suyos, que quizás no era necesario importar la selva y su insectario de desorden y balas locas a ese lugar, pues con el tiempo esto se iba a transformar en algo distinto.

El arribo era el final de un capítulo de la historia familiar que partió en Tumaco y siguió en Cali. Fue en la «sucursal del cielo», como se conoce la ciudad de Cali, donde una mujer todavía muy joven le habló de Antofagasta a la madre; era la mejor opción para vivir tranquilos y conseguir un sustento. La mujer le contó que su hija trabajaba de nana en Antofagasta desde hacía seis meses, y le explicó lo que eso implicaba. Estaba en trámites para legalizar su situación, lo cual era de hecho una molestia, pero pequeña en comparación con los beneficios de vivir en paz. En ese bendito Chile los supermercados y tiendas ofrecían préstamos a cualquiera, y daban tarjeta de crédito a todos. Así era más fácil vivir. En ese bendito Chile la atención de salud era rápida y las escuelas públicas eran grandes y los niños colombianos podían soñar con ir a la universidad. En ese bendito Chile, mami, se podía crear un negocio así de rápido. Más adelante, le dijo la mujer, también se iría con su hija y llevaría a sus nietos, porque la madre los extrañaba demasiado. Por el momento funcionaba el envío de dinero por Ria. Su hija no era la única, muchas mamás solteras del valle se iban lejos para poder enviar dinero a sus hijos que quedaban a cargo de las abuelas.

Es bastante decir que se fueron casi con lo puesto. Llevaron bolsos de mano. Durante los primeros minutos del viaje nadie abrió la boca. En Cali dijeron que habían partido hacia el norte, a los Estados Unidos de América, y que nunca más los volverían a ver.

Como a las siete de la tarde de un jueves, cuando hacía un frío de mierda de esos que taladran los huesos, llegaron al puente de Rumichaca. También le decían el puente de las cadenas porque



en la noche los ecuatorianos lo encadenaban para que no pasara ningún esperpento, pues esa no era una frontera de turismo sino de inmigrantes y locos. A lo lejos se escuchaban disparos y algunos preferían caminar agachaditos pero apurados, para que no les alcanzara el último aliento de una *dum dum*. Hoy no llovió, hubo balacera, repetía como loro un drogadicto descalzo que pedía dinero. A pesar de todo, no era un mal día en ese nexo de hormigón armado entre dos países bananeros —como repetían los chilenos—, que permanecía contagiado de comerciantes de comida, delincuentes, drogadictos, misioneros evangélicos y uno que otro harapiento que creía tener poderes divinos.

Después de algunas horas de espera para los timbres de los papeles, la familia logró entrar a Ecuador gracias a que el padre contó a quien quisiera escucharlo que su hija menor, Eyhi, venía con una bala en la cabeza: y miren, mis señores, ahí está, en ese poroto. Mostraba con su dedo dónde supuestamente estaba y orientaba a otros dedos para que hicieran tacto. Ingresaron como turistas colombianos a Ecuador junto a un grupo de dominicanos con mochilas pequeñas que llevaban varios días esperando en una bodega, al otro lado de la frontera. Lo menos que tenían todos ellos era aspecto de turistas, pero así serían catalogados hasta la frontera con Chile, país que etiqueta en un frío lenguaje algebraico a grupos de personas por sus ingresos económicos: ABC1 o C2, por ejemplo, para los más pudientes y D o E, para los con menos recursos; y había barrios donde los economistas fabricaban ecuaciones como esta:  $C2 + E = D$ . Inmigrantes colombianos como los Parradas con suerte cabían en la letra E.

Sobrevivieron al extravagante embrollo de Rumichaca. Le siguió el silencio de la familia, que la madre rompió al cuestionar al padre por demorarse tanto con su hija en el baño de una posada. Usted está huevón, porque el bus casi parte, dijo la madre con una gesticulación amenazante. Luego bebió una malta Pony que le ofreció el padre y se calmó; una buena malta siempre la tranquilizaba. Pasaron por unas calles estrechas y sinuosas hasta que llegaron a una pequeña estación de buses de Quito. Bajaron. Estiraron las piernas. Comieron algo que a Jean le pareció desabrido y los hermanos, para entretenerse, hablaron sobre batallas entre pokemones. El padre compró un periódico ecuatoriano. Leyó algo sobre Abdalá Bucaram y Jean, que parecía dormido con un ojo abierto, deseó prolongar el breve momento de descanso. No quería abordar otro bus, solo los logos de las compañías de transporte le parecían atractivos, como el de un volcán con fuego o unas águilas con unas garras enormes. Su hermano imitaba la manera de hablar de los ecuatorianos que vendían chicha. La madre y la hija, como en todo el viaje, apenas hablaban pero observaban las escenas como cámaras de video. Las mujeres parecían más dispuestas a capturar todos esos instantes que no regresarían nunca más, incluso la inmaterialidad de las personas en tránsito, y así lo harían sucesivamente en las próximas estaciones de buses.

Después, para que la niña durmiera en el viaje, la madre contaría cuentos desde la complicidad de esos paisajes idílicos de la selva que habían descubierto en el viaje.

A Jean le gustaron los pueblos playeros y holgazanes del norte del Perú, donde dedujo por esos

botes tirados a los costados de las casuchas que se podía comer pescado todos los días y dormir en la playa. Los cambios de buses eran constantes; algunos transitaban llenos de bultos sobre sus techos como las coloridas chivas. En un momento avanzaron por la carretera en frágiles mototaxis que parecían insectos de aluminio. El padre siempre buscaba la alternativa más económica. Cuando llegaron a Máncora decidieron quedarse unas horas, que se transformaron en casi toda una tarde. Estaban a la espera de un transporte hasta Lima. Hacía calor, así que aguardaron en la playa.

Jean halló en Máncora algo así como un paraíso. Se contagió con el relajamiento de los turistas y le vinieron esas ganas tremendas de quedarse a su suerte. Nunca vio a una mujer tan bella como una gringa adolescente de rasgos orientales que le preguntó dónde podía comprar marihuana. Jean le dijo que preguntara en los mototaxis. Más tarde podría reencontrarse con sus hermanos, pensó, aunque por otro lado estaría solo y quizás Chile tenía lugares mejores que esos. Al día siguiente, mientras observaba con el rostro adherido a la ventana del bus unos islotes que parecían colisionar con la carretera, le embargó la sensación de incertidumbre del futuro en ese lugar extraño al que llegarían por capricho de su madre. Del nuevo país sabía poco: no se parecía en nada a Colombia; si trabajaba podría comprar en un mes las zapatillas Nike que siempre soñó; conocía a los jugadores de fútbol; era muy distinto al resto de América Latina; también lo imaginaba como un tempango de hielo con el agua muy helada y sin grones, y volvió a imaginar la idea de refugiarse en un tanque si alguien lo discriminaba por su color.

El centro de Lima apareció de pronto como una metrópolis tercermundista, con máquinas al borde de la colisión sobre autopistas caóticas. Desorden, esmog, neblina y aromas con los que Jean sintió ganas de regresar a toda velocidad al hervor de la selva, detrás de Rumichaca. La estación de buses Carreño era un mejunje de destinos. Jean nunca vio juntos tantos nombres de lugares extraños. Sus padres ya se habían decidido por Chile, más al sur, por Antofagasta, que debía ser como una Antártica, pero no dejaba de preguntarse por qué no podían vivir en Tarapoto, que sonaba musical y divertido, o en Arequipa, adonde iban todos. En el medio de la estación de buses había una virgen a la cual los viajeros se encomendaban. Su padre, al ver la imagen, se persignó como un devoto, pero bastaba ver la complexión y la transparencia plástica de sus ojos para asumir que se burlaba de los fieles a la virgen limeña de los autobuses. Los choferes también le rezaban. Cualquiera podía deducir que las carreteras eran peligrosas o que los choferes bebían mientras manejaban, cuestión que ya habían visto cuando viajaban a Lima. A medianoche partieron en el bus más económico hacia Tacna. El bus transportaba a varias colombianas del valle que hablaban poco. Otras más se subieron en Ica. El chofer fumaba y bebía cerveza, y al final eso daba lo mismo, el asunto era llegar.

Tacna, en la frontera entre Chile y Perú, se les apareció de madrugada con un cortante frío nocturno. Decidieron pernoctar en el terminal de buses a la espera de la mejor manera de pasar a Chile. La niña tenía un poco de fiebre y se quejaba; nada grave, según la madre. Un resfrío, le dijo

al padre; ya había ganado tantas batallas que esa fiebre era insignificante. Las mujeres compartían una banca al lado de los hermanos. El padre, que fumaba cigarros de manera compulsiva y leía los colorinches diarios peruanos que consiguió en el lugar —sí que había bastante que leer, pues en Perú había muchos periódicos—, no buscaba noticias, sino un trabajo o la fórmula para ganarse la vida de una manera creativa; ahí, a medianoche, se entusiasmó con la posibilidad de ser un hechicero, como la historia de un tal don Lino que leyó en esos diarios, y quiso él también hacer amarres, venganzas y caprichos.

De pronto decidió ser don Lino y llamarse así en adelante.

A las cinco de la madrugada en punto llegó el primer coyote, un peruano grueso que denominaba a Chile como *rotolandia*, a ofrecerle al padre llevarlos sin pasar por Chacalluta. Debían hacerlo en dos grupos. La madre escuchó el diálogo y no le convenció el peruano pues la frontera chilena absorbía como una aspiradora y a veces no se salía completo del buche, sino que en trozos y ellos eran una familia de cinco integrantes de Tumaco, permanecían unidos y debían andar siempre juntos. Después de todo, era una rareza encontrar una familia de Tumaco completita, porque en la mayoría de los casos las mujeres quedaban solas, viudas de la guerra, o los niños huérfanos. A media hora al sur de Tacna estaba Arica, donde todas las calles tenían semáforos, donde todos los taxis lucían uniformados, donde el olor a fritanga se mezclaba a medida que se avanzaba a los confines de los arenales con el humo pastabasero y donde en una estrecha peatonal se podía escuchar cumbias chichas y ver a turistas gringos enlanados de manera colorinche, a la usanza altioplánica chic. El turismo para un colombiano negro, pobre, con antecedentes en la guerrilla, terminaba en Chacalluta, pues los agentes de la PDI chilena en la frontera tenían ínfulas peores que las de la policía gringa de frontera y si sospechaban de alguien, si creían ver un bulto extraño o algo metido en el interior de la guata, no escatimaban en llegar hasta el final. Y los de Chacalluta no parecían funcionar con la coima habitual, a veces necesaria, en las fronteras de Latinoamérica. No. Los PDI, y sus perros faloperos llamados Keeper o Samael, se caracterizaban por ser obsesivos y meticulosos.

La historia más oculta de don Lino probablemente fuera el prontuario paramilitar en las masacres del Naya, pero eso solo lo sabían él y su mujer. No estaba escrito en ninguna parte. Y no estaba dispuesto a pegarse un balazo en la frontera por su familia ni por nadie si le descubrían algún crimen como paramilitar, que los tenía.

Don Lino se hizo rogar con el segundo coyote, hasta que llegó el tercero y el cuarto; eran de la misma empresa pero transaban con precios menores, hasta que la madre definió la hora de irse hacia Chile, por Bolivia, donde había menos controles y podían pasar tranquilos, a pesar del frío cordillerano.

Permanecer unas horas a la intemperie en la frontera entre Chile y Bolivia, de noche, sin la ropa adecuada, a cualquiera lo dejaría congelado como un cerdo en un camión frigorífico. En el altiplano, de madrugada, la temperatura es bajo los cero grados Celsius, durante todo el año. A eso hay que sumar la dificultad de los cuatro mil metros sobre el nivel del mar.

El coyote, en su Chevy Nova de finales de los años setenta que parecía lancha y que estaba enchulado para movilizarse por los caminos de tierra más calamitosos en Bolivia, dejó a la familia en una especie de casucha a medio terminar, que oficiaba de guarida para la «selecta» clientela de los coyotes. En su parte trasera había un basural de botellas plásticas, revistas amarillas quemadas por el sol y latas oxidadas de alimentos. Hasta aquí llegó, les dijo con calma el coyote. Lo que ustedes ven allá es Chile, les indicó a los Parrada, que parecían una familia de suricatas mirando hacia el punto donde se desvanecía el camino.

¿Usted está seguro, señor, de que este es el camino correcto?, dijo la madre con lo poco que le quedaba de aire. Sí madrecita, pero no haga ni tal de salirse del camino, puede haber minas enterradas que explotan si las pisan con mucha fuerza, pero fíjese bien usted que en los años que llevo ninguna ha explotado. Es pura mentira de los chilenos para mantener a raya la frontera, respondió.

El coyote les dejó agua, hojas de coca para masticar contra la puna —explicó su uso como un médico al ver que les faltaba el aire— y unas barras de chocolate. En el momento en que el coyote se despedía con abrazos —culposo al ver que sus clientes no poseían el abrigo adecuado para pasar la noche, por lo que pronosticó que la niña no sobreviviría—, pasó un hombre sobre una sonora motocicleta china de color rojo parecida a un modelo Vespa con un casco, antiparras y una mochila en la espalda con la bandera colombiana. El motorista les hizo una seña como saludo y continuó su camino, entre las montañas, hacia Chile. El coyote les dijo que en minutos pasarían camiones o autos, que si les mostraban los dólares como si fueran cartas de póker los llevarían, no a todos, gesticuló con una mano; debían irse por partes, esperar a más tardar un par de horas; de lo contrario había que devolverse a Pisiga, donde las monjas los cobijarían para pasar la noche. Ante la mirada preocupada de la madre que contemplaba cómo la niña tosía de vez en cuando, el coyote les dijo que ningún bandido llegaba por ahí, solo verían a burreros y contrabandistas que pasarían de largo al verlos, pues nadie querría cargar con ellos. Era mediodía.

La visión del motorista solitario entre Los Andes, un negro como ellos, les dio esperanza. Era

la soledad extrema del hombre ante la naturaleza incommovible y la voluntad de rehacerse en otro lado, con otras personas, con otras costumbres. Luego pasó una camioneta desde Chile a Bolivia, y después otra. Ninguna se detuvo.

Las piedras estaban heladas como rectángulos de hielo. El paisaje se les presentaba con una vegetación áspera y gruesa, tan distinta a la de Tumaco, donde las hojas parecían de seda y contrastaban con el azul límpido del cielo. Detrás, y más cerca que nunca, estaban los Andes, con los picos bañados en nieve. Al juntarlos parecían dulces de merengue de la vitrina de alguna pastelería. Los niños nunca habían visto cerros gigantes, además estos parecían respirar, pues por alguna razón desconocida la tierra emitía sonidos misteriosos y no se veía ninguna telaraña minera por ahí cerca. Jean y su hermano imaginaron bases extraterrestres en las inalcanzables puntas de las montañas; la posibilidad de presentarse ante unos pokemones extraterrestres les parecía graciosa.

En el punto donde estaban no había claridad de si se trataba de Chile, Bolivia o un territorio de nadie. Era cercano a la localidad boliviana de Pisiga, que habían dejado atrás hacía media hora. Calculaban que si se devolvían a pie por el mismo camino tardarían unas tres o cuatro horas en llegar. Pero la madre quiso seguir adelante porque pensó que la niña resistiría bien la puna y quería llegar rápido, como si Chile fuera el paraíso o la solución a todos los problemas, incluso a las enfermedades. Prefirieron la incertidumbre de quedar a la deriva en la frontera, solos en el mundo, sin alma ni civilización; estaban ahí cerca de una roca, sin tempestad, sin calles, sin tiempo y sin dinero. El único peligro estaba escondido debajo de la tierra, en forma de minas, pero pisar una se volvía tan difícil como que cayera un meteorito, había insistido el coyote antes de retirarse. Caminen con confianza por su nuevo país, les insistió con sarcasmo. Caminen a Chile, al paraíso de rotolandia.

Era el inicio de una ruta clandestina, un desvío de la carretera oficial, algo parecido a una oreja que brotaba desde Bolivia, pasaba por alto los controles fronterizos y en un punto alcanzaba nuevamente el camino oficial hacia Chile. Como esa ruta había al menos una veintena de pasos clandestinos y no había personal del lado chileno para controlarlos todos. Carabineros muchas veces hacía la vista gorda ante tanta lucecita que deambulaba en la noche por los cerros. Por aquella oreja circulaban camiones con contrabando, pero no transitaban con regularidad. Y la regularidad significaba un camión por cada hora y media.

Dios es grande, o la suerte es grande, porque provocaron conmiseración. A quién no le iba a generar lástima presenciar a un negro de rostro triste con una niña de tres años en sus brazos. Padre e hija estaban afuera de la casucha en plena frontera, a un costado de esa carretera que a nadie le interesaba vigilar, excepto cuando por algún operativo contra los burreros o robos de camionetas en Chile llegaba la televisión encabezada por el Tío Emilio, alguna autoridad o la PDI. Los vehículos 4x4 eran cambiados por droga en Bolivia. A veces los milicos bolivianos saltaban al otro lado y los detenían los somnolientos pacos chilenos; también pasaba al revés, en

escaramuzas que le daban trabajo a las cancillerías en medio de una que otra bravuconada de Evo Morales para reivindicar la histórica demanda boliviana del mar.

La teoría de la lástima que había propuesto el padre de Jean prosperó y también resultaría después.

No pasó demasiado tiempo hasta que un camión de patente boliviana, que iba sin carga evidente hacia Iquique, se detuvo y los llevó gratuitamente, algo no previsto en los cálculos del coyote peruano. El padre y Jean se ubicaron en la estrecha cabina del conductor, que se presentó como Jacinto Quispe de Oruro. En la parte trasera, vacía y oscura, se ubicó el resto de la familia. La madre y la hija se acomodaron y abrigaron, al igual que el niño. Eran las cinco de la tarde y la temperatura bajaba rápidamente. Todos durmieron hasta que tuvieron una inesperada visita.

El conductor, un boliviano de bigotes con gorro de Los Angeles Lakers, delgado, de no más de cincuenta años, les hablaba a cuentagotas a Jean y a su padre. Por algunos segundos se quedaba dormido, a pesar de la música boliviana, parecida a la cumbia chicha, con sonidos agudos de una mujer gritando como si fuera un cerdo en la horca, y automáticamente el hombre, como si estuviera programado, despertaba dando un pequeño salto. Se sabía el camino de memoria; de otra manera habría volcado y hasta ahí nomás habría llegado. Pero si no estaba Quispe, el conductor de buen corazón, estaba el padre, quien agarraba el volante con tranquilidad cada vez que eso pasaba. Era de noche y ya habían dejado la oreja. Avanzaban por el camino oficial que tenía varias curvas. El riesgo era que alguna patrulla policial de la PDI revisara el camión, pero Quispe tenía suerte, porque llevaba años en lo mismo y nunca lo habían atajado con nada.

Estaban en eso cuando Jean vio un par de luces de linterna en movimiento en los mismos cerros que lo hicieron pensar en los extraterrestres. Burreros, le contestó Quispe de inmediato, después de espantar el sueño con un poco de ayudita para las narices, dijo, y luego ofreció a don Lino, quien no aceptó. Les explicó en qué consistía ese trabajo, porque cualquiera fuera el origen, al final se trataba de un trabajo y a la larga esos burreros, les dijo, eran tontos porque por unos kilitos debían caminar mucho a pie y pasar frío; eran personas pobres e ignorantes utilizadas para trabajar así y después, en Chile, no les pagaban lo acordado, o se iban presos, y las cárceles de Arica e Iquique estaban llenas de burreros bolivianos. Don Lino, que sabía del tema, tenía claro desde que subió a ese camión, al igual que la madre, que en algún lugar Quispe debía esconder la droga, porque de lo contrario no tendría sentido que burlara la aduana por un camino alternativo. Sin que Quispe se lo pidiera, don Lino lo bendijo en el nombre de un santo de los narcos de Colombia que escuchó por ahí, al que denominó Yerúa ante la mirada sorprendida de Jean, para que mantuviera su suerte en lo que restaba del viaje hacia Pozo Almonte.

De pronto apareció la moto roja a un costado de la carretera. Sería exagerar decir que el motorista estaba a unos minutos de morir congelado pero sí quizás a algunas horas. El hombre les hizo señas. Ya habían pasado el serpenteo constante de la bajada y estaban en línea casi recta hacia Pozo Almonte. Por el costado había una minera de mecano luminoso y flujo de camiones.

Hacían algo así como tres grados a la intemperie. Quispe detuvo el vehículo. Bajó y le hizo un gesto de complicidad a don Lino: el hombre era de los suyos, negro y colombiano. Si hubiera sido un chileno, nada de ayuda y el hombre que muera congelado, por lo menos eso lo quedó claro a don Lino tras escuchar despotricar a Quispe contra todo lo que fuera de Chile, un carajo país de mierda, decía. Era fácil deducir que tenía su batalla personal con el país.

Soy de Buenaventura, le dijo el de la moto detenida a don Lino, que tenía dispuestos los brazos en jarra mientras orinaba. Y luego, mientras bebía café endulzado por una caña de azúcar que don Lino sacó de un bolso, le contó que había salido hace unas semanas de Colombia. Su destino era Antofagasta, donde vivía su mujer con su hija, de veintitantos años, casada con un chileno que trabajaba en la mina, un hombre mayor como él, dijo. La moto se la vendería a su yerno, casi a precio de regalo, por cuidar a su mujer y a su hija. Se sentía un hombre agradecido. ¿Y usted se quedará en Antofagasta?, preguntó don Lino. Si el destino lo dice, me quedaré, contestó el negro, cuya edad era indescifrable más allá de los cuarenta años.

Quispe ubicó al negro de Buenaventura con su fatigada moto al interior del camión, junto a la madre, quien lo miró de reojo y pensó qué más colombiano que un negro en moto, y luego siguió durmiendo.

Gracias a la niña —y eso de gracias es algo que se repetiría— estaban en la soleada Antofagasta, mirándose con caras de pescado y preguntándose en qué lugar del cerro vivirían, o sea, a qué altura. A esa hora de la tarde los cerros adoptaban las tonalidades de un damasco. Luego, al atardecer, la tierra se volvía color berenjena. Las casuchas de los inmigrantes habían trepado hasta bien arriba del cerro. Después se expandieron como chicles generando una línea de casas que podía verse desde cualquier parte de esa ciudad sin bosques. No era difícil imaginar que allí, en la última trinchera, vivían los colombas, y esa idea liberadora de independencia se la guardaba Jean para sí. Podrían pasar pellejerías, pero sus vidas no estarían en riesgo constante, a excepción de que lo buscaran y qué iba a saber él, en ese momento, lo que sucedería con ellos.

Los Parrada Castillo se abrazaron con fuerza como si fuera el último gran abrazo entre ellos. El padre rezó porque habían sobrevivido y luego, por contagio, lloraron juntos, más bien por la emoción de comenzar una nueva vida en Antofagasta. Pero Jean enseguida les recordó que allí estaban todavía los agentes de la PDI en sus Monteros de sirenas azules; en ese momento Jean ni siquiera sabía qué significaba la PDI, ni qué haría si le exigieran la identificación que por supuesto no tenía. Se largaría a correr, pensó, porque si los pillaban de seguro los echarían del país. Había que andar con cuidado, advirtió a todos, como si fuera el nuevo cacique familiar.

Después de llegar a Chile, ninguno habría querido regresar a la frontera a congelarse, ni menos volver a la guerra colombiana. Jean cavilaba que la mejor posibilidad si tuvieran que salir de Chile era estacionarse en el norte de Perú y sobrevivir de la pesca. Su papá le dijo en cambio que alguna mafia de la frontera los secuestraría y luego, eso era lo peor, los destriparía para extraerles los órganos, aunque esas historias de terror selvático tipo película *Predator* hacía rato que no le provocaban más que risas. Jean y su hermano se imaginaron amarrados en una camilla de aluminio helada experimentando todo tipo de sufrimiento con la extracción sin anestesia de su hígado, y luego de sus córneas. No valen nada, pero sí sus hígados y sus ojos, en especial sus ojos, les decía el padre con una cerveza en la mano, abriendo los suyos como dos huevos duros blancos.

A Antofagasta arribaron separados, en dos buses desde Pozo Almonte: la hermana con su madre y los hermanos con el padre. Era temprano y Jean contempló el amanecer ocre de la ciudad pensando en olvidar para siempre el lugar del que venía. Jean despertaba siempre al alba y el amanecer se le presentaba como una cábala. Se lavaron en el baño del terminal de autobuses, que tenía un tono plomizo que les pareció espantoso, como si la construcción estuviera a medias, e



imaginariamente repintaron el frío espacio gris con los colores de la bandera colombiana, con ese amarillo alegre de la banana. Entretanto, el padre hacía llamadas desde un teléfono público que funcionaba a pesar de que su próximo destino iba a ser sin duda un museo de la chatarra tecnológica. Se demoró bastante tiempo en desplegar el papel de diario donde había anotado los números telefónicos, un papel que viajó en su bolsillo desde Colombia y resistió todas las humedades y fríos fronterizos. Un hombre de rostro huesudo y tez parduzca por el consumo de droga les pidió dinero. Al ver que no tenían, se molestó y mientras se fue alejando insultó a Jean: qué venís a hacer aquí, si no tenís niuno mono culiao. Jean lo miró con desdén. El baño estaba asqueroso.

Esperaron allí hasta que llegó un hombre delgado, no muy viejo, de nariz roja y lentes polarizados, que se presentó como un ayudante de la oficina del refugiado de la Iglesia católica, en la calle Sucre, en el centro de la ciudad. El hombre, que hablaba muy rápido, estaba sorprendido por la cantidad de personas ante sí. Imaginaba a tres y no a cinco; se veía su complicación: se rascaba la cabeza de manera rápida como si tuviera piojos. Los dejó en la oficina tras conducir un furgón, donde les pidió que se ducharan. El baño era pequeño y no tenía ninguna separación entre la ducha y el inodoro. El padre olía a comino, al igual que la madre. Se asearon y esperaron en un patio interior de piso ajedrezado con frías baldosas que invitaban a andar a pies descalzos para contrarrestar el calor. Y así pasaron las horas. En un momento, Jean y su hermano escaparon a la costanera a medir la ciudad. Y entre todo lo que observaron les llamó la atención una bandera chilena gigante que flameaba en medio de una avenida. Jean pensó que en Antofagasta se había declarado la independencia o algo parecido. No había historia de Chile en su cabeza.

Esperaron un día completo en la oficina, y luego el mismo hombre, junto a una española, Inés, a la que Jean imaginó como una monja, los ubicaron en una casa en la villa Los Arenales dentro de la población Bonilla, así le llamaban al sector. Jean supo después que era el nombre de un general y aprendió que en Antofagasta casi todas las calles importantes llevaban el nombre de milicos o marinos de la Guerra del Pacífico. Así se justificaba la bandera gigante; había que reafirmar que ese territorio era chileno y no boliviano ni colombiano ni paraguayo ni venezolano ni peruano. Según la española, La Bonilla era un distrito muy popular, donde había gente buena y gente de la otra, como en todos lados. La española les recalcó a cada uno, como una profesora, que ellos, la familia, eran gente buena. Gente cristiana. Gente católica. Les hizo rezar cuando bajaron de la van, con la timidez de polluelos. Y el rezo siguió con lo de gente buena: Virgen María, protégelos y acompáñalos, son gente buena, virgencita. Don Lino se persignaba con vigor. Jean se quedó pensando en la idea de la gente buena. Jamás había clasificado a las personas en buenas o malas, para él todas eran similares: interesadas en sus cosas y si podían dar la mano, lo hacían, pero Chile era un país de clasificación de personas y debían habituarse a ello.

Demoraron un día en limpiar el garaje, que estaba lleno de bichos —al final se acostumbrarían

a convivir con diminutas cucarachas, arañas y hormigas que hacían una ruta sobre las expuestas cañerías de pvc que llevaban el agua hacia la casa— y armaron, con frazadas regaladas, las separaciones. Todo lo que tenían era regalado, pero regalado a la Iglesia católica, no a ellos; el agua era regalada y la electricidad gratuita, pues se sacaba del cable del poste desde antes de que llegaran ellos. Quedaron juntos, apretados: dos camas y un colchón al suelo; los pocos bártulos alrededor, abrazándolos. Se sintieron tranquilos y en paz durante las primeras semanas.

No había conversación privada, pero a los padres eso no les importaba. Los niños eran parte de su cuerpo y podían decidir sobre ellos, incluso hasta matarlos si fuera necesario. Una vez Jean escuchó de la boca de su madre, en el contexto de la guerra, que preferiría matarlos ella misma a que los mataran otros, o que se mataran consumiendo droga; era fácil que dos hijos casi adolescentes en ese ambiente cayeran en ellas, pero más fácil era caer en la milicia y morir bajo su ley.

En esa especie de confinamiento apacible, llegó de pronto el primer televisor, regalo de un vecino. Era viejo y pesado, un Panasonic de treinta pulgadas, pero servía para que la hermana viera dibujos animados y se tranquilizara. Lo mejor era que la tele todo el día chisporroteara dibujos animados.

Un tiempo después llegaron más televisores. Algunos venían pegajosos y hasta con madrigueras de insectos en su interior, en especial polillas y unos bichos negros de temible picadura que parecían hormigas tropicales, llamados hormigones, unas rarezas en el desierto, introducidas para combatir la plaga de las polillas a mediados del siglo pasado desde aviones que sobrevolaban la ciudad, lanzándolas. Los vecinos se compraban televisores LED y botaban los viejos, que no estaban tan viejos. En Colombia habían tenido uno de los que en Antofagasta tiraban como si sobrara la plata. Llegaron a sumar tres televisores dentro de la casa, todos encendidos, todos conectados a la bendita electricidad del palo de poste.

A los vecinos, los Parrada Castillo comenzaron a servirles como basurero: dejaban los televisores afuera de la casa y allí quedaban. Jean y su hermano pasaban las tardes enfrente de esos aparatos tocándose la pera. Reían a carcajadas con los programas imaginarios. Jean llegó a tener treinta televisores en fila, semienterrados en el desierto. Parecían brotados desde la arena como callampas de plástico. Su hermano Álex acumulaba monitores de computadores y carcasas de celular. A ambos les gustaba adornar la tierra con esos desechos, que con el níquel expuesto al sol parecía un cementerio metálico.

El jardín de despojos de los Parrada estaba más cerca que el basural de La Chimba, y los vecinos hacían uso de él. En un momento, afuera de la casa, además de los televisores acumularon decenas de lavadoras y refrigeradores, grandes y pequeños. Su presencia atraía más y más artefactos como si el basural de La Chimba comenzara con ellos. Un día, el padre decidió tomarse un terreno aledaño y cobrar por cada cachureo que llegara, resultando ser como uno de esos pequeños negocios donde se gana plata mientras se descansa. Claro que no fue tan buena la idea

porque, al cobrar por el espacio, comenzó a ganarse el odio de los vecinos. Tanto cachureo llamaba a bichos, perros y hasta uno que otro angustiado de los alrededores del basural. Y nadie ahí quería ser la extensión del vertedero de Antofagasta.

Una noche, los hermanos encontraron una chatarra de metal, amarilla y oxidada, semienterrada entre los desechos. Pensaron que serían los restos de un buldócer o una antigua maquinaria de las minas.

Bajándose de una tele de treinta y dos pulgadas dispuesta sobre el blanduzco hule de arena, el hermano de Jean se concentró en la extraña chatarra. El chico pensó en un refrigerador, pero esto era más grande: algo así como cinco refrigeradores dispuestos de lado en forma de bus. Imaginó un estanque de gas tipo cilindro que había visto por ahí, cerca del vertedero. Mantuvo reserva ante el descubrimiento, porque artefactos de ese tipo se podían encontrar en los alrededores de Tumaco o Buenaventura y había riesgos: o podían explotar o te podían matar si los descubrías.

Después pensó en un submarino. Uno de esos que la marina colombiana daba de baja y que después de injertos y operaciones con fibra de vidrio se transformaban en submarinos de narcos y zarpaban hacia el norte con tripulaciones de pescadores pobres, obligados y hambrientos. Pero si eso no era un submarino, entonces podía ser el tanque que Jean siempre quiso conducir, el T-34 de Stalin, igual al que venía en una bolsa de soldados de plástico, el tanque ruso que le ganó a los Panzer nazis.

El tanque podía también formar parte de una operación de inteligencia de los sectores de la ciudad que deseaban matar a los extranjeros, para ellos unos delincuentes. Podía ser obra de los metaleros del Chascón Marcos, fascistas que se ejercitaban en algo parecido a un club de la pelea —veían muchas películas—, practicaban artes marciales y mantenían contacto con suboficiales del ejército. Otra posibilidad era que en la ciudad hubiera algún coleccionista de piezas de guerra.

Más tarde descubrieron que, tal como había soñado Jean, se trataba de un tanque cuya última función había sido la de juego infantil en la plazoleta de la antigua población militar en los años ochenta. Con el arribo de la democracia el tanque había quedado recluido en el regimiento y luego, quién sabe cómo, había llegado a un patio que cobijaba toda clase de maquinaria dada de baja. Había estado ubicado unos metros más arriba de la casa de los Parrada. Según le aseguró convencido el conserje del condominio a quien Jean le mostró la chatarra, parecía un viejo M-41, uno de esos tanques gringos que circundaron La Moneda en septiembre de 1973.

Cada mañana lo desenterraban un poco más. Era como la guinda de la torta de su propia plaza compuesta por desechos de refrigeradores, televisores y lavadoras.

El viejo tanque de Pinochet se transformó en el tanque de la esperanza: Jean era el príncipe de los colombas de Antofagasta y, si era necesario, los defendería a todos.

La familia no entendía bien la televisión chilena. La madre se moría por ver Caracol TV. Jean no comprendía por qué la mujer extrañaba tanto Colombia si antes se había quejado tanto de su país. Era contradictoria como todos, había que aferrarse a algo y ese algo podía ser simplemente un sueño. A la mujer se le aparecían sus padres y hermanos en una maravillosa ciudad que bien podía ser Tumaco, Cali, Barranquilla o el mismo Medallo; una sinuosa ciudad que abarcaba a toda Colombia con sus valles, montañas verdes y ríos, donde la madre caminaba con la soltura de una bailarina en medio de un caluroso carnaval de pueblo. Al despertar comentaba las imágenes al padre, quien movía la cabeza en señal de negación, como diciendo tú otra vez soñando porquerías, y luego de un rato volvía sobre el tema, no muy convencida, para decir que había tenido un mal sueño.

Una vez la madre gastó dos mil pesos, o sea un almuerzo para los cinco, en una cerveza Póker de 500 cc. La tomó como si adentro estuviera Colombia con todo su desorden, su guerra, su espontánea alegría y desparpajo, con todas sus arepas, su café y su aguardiente. Quedó medio borracha, pues no acostumbraba a beber, y reconoció en el envión etílico que este país era una mierda. No toda su gente, aclaró para no generalizar —siempre enseñaba a sus hijos a no meter a todos en el mismo saco—, sino quienes le hacían notar que era una pobre negra colombiana y vieja, pues además tenía dramas con su edad y le hacía el quite al espejo. No estaba tan vieja, sí algo descuidada, y pensó que podía arreglarse como las colombas que caminaban flotando por el centro de Antofagasta, captando miradas. Aunque me tratarán de prostituta, dijo, y pellizcándoles el rostro a sus niños, les preguntaba: ¿Tengo cara de puta?

El máximo temor de la madre era regresar a Tumaco y encontrar a todos sus familiares muertos, y por esa razón se convencía de que su destino estaba allí, en el desierto y con sus hijos; eso la hacía ver las cosas con más optimismo, pues había comprobado que a varios colombas les iba bien con sus negocios de arepas y peluquerías en la calle Bolívar.

Al principio les resultaba desesperante abrir la puerta de la casa y encontrarse con esa cachetada de aridez. Tumaco era verde oscuro, de una fastidiosa humedad y sus zumbidos eran de mal agüero: si no eran los agujones de los bichos eran las balas. La puerta de la casa en Tumaco permanecía cerrada, a veces con candado, para que no entrara nadie. En Antofalombia, en cambio, permanecía entreabierta durante el día, para que la aplastante luminosidad espantara a las

pequeñas cucarachas. Nadie les robaba porque eran colombianos grones; nadie creía que tuvieran algo de valor, solo basura regalada.

En Antofagasta el sol se pegaba como cinta adhesiva hasta que se nublaba, y cuando eso sucedía la sensación de humedad era como la de un poroto brotando en un frasco con tapa de algodón. No había árboles crecidos de manera natural ni tampoco llovía. Las canchas de fútbol eran de pasto sintético. Una vez cayó el agua de manera tan torrencial que los cerros se desintegraron en pocas horas, se vinieron abajo, se arrastraron: así contaban quienes conocieron a la fiera naturaleza en 1991, cuando una serie de aluviones dejó a noventa y dos fallecidos y a otros tantos desaparecidos. Como consecuencia de ese episodio recomendaban a los colombianos no construir en las laderas de los cerros, pero lo hacían igual porque no había otra parte donde hacerlo y porque ignoraban la historia de la ciudad. Había que buscar la sombra de los palos postes, pero eran demasiado enjutos y era necesario ser igual de delgado para disfrutarla. En Antofagasta la sombra era algo preciado, sobre todo durante los veranos, cuando el sol se ponía tóxico. En ciertos sectores las casas parecían embutidas en la arena, dando la impresión de una ciudad marciana. Todo el resto era cemento y asfalto. Los árboles no vivían demasiado, se secaban al poco tiempo. Era fácil encontrarse con cementerios de árboles en las avenidas doradas por el sol. Lo mejor era el mar, bañarse en las playas artificiales, mejor incluso de noche cuando el agua se entibiaba.

Una muralla separaba la villa de los Parrada, que llamaban Los Arenales, de los modernos condominios, unos metros más abajo. Los condominios mantenían jardines bien cuidados, juegos infantiles y piscinas, algunas bombeadas con agua de mar: la idea era crear minioasis en el desierto, uno al lado de otro, pero separados. Las casas junto a los muros eran entregadas por los gobiernos de turno. Los gobiernos —de centroizquierda o centroderecha— creían que con esas casas pequeñas, casas como cajas de zapatos, sumaban votos. Así, por la ambición del poder, la ciudad se desplegaba hasta el cerro, cuyo límite eran los campamentos de los recién llegados. En sus entradas flameaba la bandera colombiana al lado de la bandera chilena en son de buena voluntad; a veces aparecían las banderas bolivianas y paraguayas, en son de hermandad de la patria grande latinoamericana, de la patria de San Martín, Sucre, Bolívar y O'Higgins, pero era un puro saludo a la bandera, porque de hermandad latinoamericana había poco y nada en las calles de la que también llamaban la *perla del norte*. En ocasiones, en verano, en Los Arenales algún vecino generoso sacaba una piscina de plástico a la calle y los niños de la cuadra se metían a jugar con agua, pero quedaba la duda de si aquello era generosidad.

La casa donde se instalaron los Parrada Castillo estaba reestructurada entre un garaje, una bodega —que antes fue living y comedor— y un espacio más pequeño donde la familia podía vivir, cocinar, almorzar, recibir visitas y ver televisión. El baño era pequeño y estaba al fondo del garaje, justo donde comenzaba la bodega que estaba llena de cajas, todas del mismo tamaño. Entre las cajas había espacio para un pasillo estrecho donde se podía circular hacia la puerta principal,

cerrada con candado. Por un costado del techo se colaba el cable que succionaba electricidad del poste. La casa se las había cedido la Iglesia católica por unos meses —nunca hablaron de límites de fechas— y a esta se la había cedido alguien de buen corazón, y aunque esos colombianos no los conocían, de igual modo sentían un gran agradecimiento hacia ellos. Los padres la recibieron con una gran sonrisa y que Dios bendiga a todos, sin importar de dónde viniera la ayuda.

La función de la familia era proteger las cajas que había en la bodega y evitar que se las robaran. Eso le encomendó a los padres la Iglesia católica, en palabras de la española. La madre quedó a cargo de las llaves. De la iglesia les avisarían quién y cuándo las vendrían a buscar o a dejar. Era evidente que no había ninguna caja más.

No había que preguntar lo que había al interior de las cajas. La madre pensaba que eran biblias; don Lino, en tanto, estaba seguro de que las cajas contenían algo de mucho valor. Jean imaginaba que había balas de diversos calibres y Álex, que contenían pelotas de fútbol.

Los vecinos comenzaron a relacionar las cajas con los negros colombianos. Cajas llenas de drogas. Cajas llenas de armas. Cajas con drogas y armas. Cajas con ovoides de cocaína. Una vez, el conductor de una voluminosa camioneta que no tenía nada que ver con la Iglesia católica, pero que tenía la llave del candado de la puerta, se llevó un par de cajas y trajo otras. Jean y su hermano observaron la escena reflejada sobre la pantalla de un televisor viejo y pensaron que su hermana podía caber dentro de una. Calcularon cuántos niños colombianos entrarían en esas cajas de medio metro por lado.

Los vecinos cacarearon muchas cosas: que el padre era algo así como un Pablo Escobar negro; que eran parte de una red de narcotráfico dirigida por la monja española que era lesbiana; que eran mulas humanas y venían a desovar ovoides; que los compas que paraban en la casa no lo hacían para hablar sobre Colombia, sino para empaquetar la droga que se paría en el garaje de la Iglesia católica. En definitiva, no era tan malo ser considerado un narco, pues de inmediato se provocaba temor, y entonces había respeto y se podía andar tranquilo por ese barrio en el que reinaba la temible banda de Los Lula.

Mal que mal, Jean imaginaba un arsenal de balas de todo calibre dentro de las cajas, y además tenía la chatarra de un tanque a su favor.

Desde el día en que algunos afortunados habitantes de Antofagasta cosecharon en forma abundante de la minería privada —el PIB de la ciudad se habría encumbrado hasta alcanzar niveles de ciudades europeas—, las casas de los acomodados se hicieron pequeñas para tanto cachivache y el vertedero creció con artefactos como sillas de autos para niños o esqueletos de tragamonedas, entre otras porquerías indescifrables.

El basural se moldeó como un estadio y en sus flancos surgieron, parecido a piezas de Tetris, pequeños asentamientos humanos compuestos en su mayoría de casas hechas de desechos, llamadas rucos. Pertenecían a angustiados por la pasturri que parecían sacados de la última *Mad Max* y a uno que otro ermitaño junto a sus perros, cerdos o cabras. Luego adhirieron al vertedero campamentos de inmigrantes del sur de Chile, bolivianos que vivían de la agricultura en el desierto y colombianos. Todos tenían la ilusión de sacar un filete, por poco que fuera, de la jugosa torta que desechaba la ciudad minera. Era llegar y armarse una de esas casas reciclables. Mientras más cerca del vertedero se estuviera, mejor. Se podía vivir de lo que arrojaba el camión del supermercado, yogur y pollos vencidos; la electricidad se sacaba de los cables y el agua llegaba de vez en cuando en camiones municipales. La Iglesia católica y una serie de denominaciones evangélicas tipo pentecostal, se encargaban de la fe de los campamentos que llevaban nombres como Esfuerzo 1 y 2; Mamás Solteras o La Lucha (en honor a una dirigente).

A medida que se avanzaba hacia el vertedero predominaba un olor a verdura podrida con un dejo ácido que se incrustaba en la nariz por un buen rato. Los restos de los restos terminaban en los buches de los perros y los jotes carroñeros, que eran los últimos de la cadena alimenticia visible. Al final, todo terminaba incinerado y las columnas de humo, trompas lovecraftianas que subían desde el infiernillo al cielo nublado, se veían desde toda la ciudad como tizne en la perfecta capital minera. Pronto los humos negros atrajeron a los tuiteros comprometidos que querían cambiarlo todo desde el espacio virtual. Su erradicación se transformó en el constante pataleo de los del condominio, pues les contaminaba su aire y la visual de sus casas soñadas modelo Brisa —tres dormitorios y dos baños, uno en suite— o modelo Dunas —cuatro dormitorios en suite. También llegaron por las redes las llamadas «oportunidades de negocios», iniciativas de innovadores sociales para la integración de los inmigrantes.

El camión aljibe llenaba una vez a la semana los barriles azules de plástico de los campamentos. El agua alcanzaba para tres días y el resto de la semana lo solucionaban a como



diera lugar. No daba para dramatizar, pues siempre había una manguera que se instalaba en alguna cañería y, como cordón umbilical, alimentaba casa a casa. Reinaba la solidaridad tipo grafiti de los tres monos: nadie mira, nadie escucha, nadie habla. En consecuencia, nadie denuncia cuando se golpea a una mujer o cuando los niños lloran de manera sospechosa.

Las zonas con rucos armados de calaminas y parchados con cartones o cholguanes se expandían a diario, y todos les hacían el quite porque ahí se consumía y vendía pasturri. Al observar por un rato las miradas vacías de esos esperpentos humanos, uno comprobaba que eran similares a las miradas de ansiedad, de desesperación, de la clase media; la de los vecinos de las casas con piscina que se peleaban el pan caliente y las paltas blandas de la panadería San Juan.

Con el masivo arribo de los colombianos, los chilenos que llegaron del sur a buscar pega en la minería se unificaron como una pequeña patria para defender el miserable territorio tomado. Tampoco era de ellos, pues en Chile todo o casi todo es privado y ese pequeño espacio tenía un dueño, la municipalidad, y aun así hostilizaban a los colombianos, que eran menos y tenían menos, con rancia belicosidad de patriotas pinochetistas hasta darles una patada en la raja. Esos chilenos, castigados socialmente con la musical y eruptiva palabra flaute, tenían al fin alguien a quien traspasarle la mierda depositada por sus compatriotas sobre sus cabezas.

Los campamentos colombianos siguieron su expansión por el borde de los cerros en forma de un abrazo obligado hacia la ciudad. Allí, arriba, donde las antenas de celular convivían con las torres de alta tensión, se afianzaban cómodos y seguros en lo que llamaban el desierto colombiano, algo impensado para personas que se habían criado en medio de verdes llanuras. En Antofagasta era difícil que el punto final para una mala cara se resolviera con un balazo, pero ya había un par de crímenes entre colombianos que los antofagastinos miraban con desdén. Los colombianos achacaban los balazos a los jíbaros, así llamaban a quienes traficaban drogas.

A pocos metros de sus mediaguas estaban las poblaciones del gobierno con casas uniformes distribuidas en rectángulos que asemejaban los nichos del cementerio. Las ventanas miraban hacia el cerro, que aventuraba un mustio y marciano horizonte; las otras ventanas miraban hacia las murallas de los condominios.

En esas viviendas contiguas al vertedero vivían Los Lulas. Podría decirse que eran un pequeño cartel narco compuesto por adolescentes chilenos, la mayoría con lazos sanguíneos; un cartel algo ruidoso y fanfarrón. Los vecinos los llamaban Lulas por una antigua tradición de la pampa salitrera: a los niños se los vendaba con un pañal durante la noche dejando solo el rostro descubierto. Así se los tranquilizaba a la fuerza. Su abuela lo había hecho con ellos durante años.

Para llegar a la nueva casa de los Parrada había que tomar un camino sinuoso donde todas las calles se tuercen hacia la línea del tren que divide la ciudad en dos: los que tienen y los que no. Unos metros después aparecen las murallas con telarañas eléctricas en los bordes de los condominios y en adelante se extiende lo mejor de la esplendorosa ciudad, hasta la costanera. Después de las líneas del tren era necesario doblar hacia abajo, justo donde está la vulcanización

atendida por un negro de Buenaventura, al que le dicen el Negro Buenaventura, que cuando no tenía camello pasaba el día sentado sobre un neumático. Su nuero chileno se había quedado con la moto sobre la que llegó montado a Chile, con su hija y hasta con su mujer, convertida a Cristo, y a él lo habían botado a la calle a ganarse la vida en algo. Don Lino reconoció al negro de inmediato y pasaban tardes bebiendo cervezas en una cantina atendida por colombas con vestidos rojos apretados. Enhebraron cabos y hasta hablaron de negocios.

Quienes querían ser solidarios con los Parrada, hacer el bien, debían correr el riesgo de encontrarse con alguno de los impredecibles chicos Lula en esos barrios de Los Arenales y que, revólver en mano, le exigieran peaje, pagar por la vida antes de pasar a la meta. El fin solidario siempre es más noble, siempre, y si el riesgo es un bien tanpreciado como la vida —anótese la vida como un bien: un bien para las AFP, por ejemplo— vale la pena afrontarlo por una buena causa, como ir a dejar el refrigerador viejo a los colombianos. La realidad es que es algo muy extraordinario que surja uno de ellos armado desde la nada. Este Lula habitaba en la mente del chileno solidario y era una poderosa justificación para no ir a esos desérticos lugares plagados de malsanos delincuentes y, lo peor, colombianos: colombianos sicopáticos que meterán sus extremidades en refrigeradores como en las películas.

En consecuencia, ayudar a los Parrada es un puto riesgo.

Cuando el periódico bautizó a Eyhi, la menor de los Parrada, de cuatro años recién cumplidos, con el nombre de Niña Bala, la relación con Los Lulas cambió como por arte de magia. Desde formar parte del paisaje, al igual que las zapatillas que colgaban del cable eléctrico como medallas de los asaltos, pasando por ser unos colombianos de mierda, hasta integrar luego la exclusiva lista de los protegidos. En ese proceso, Jean conoció al Kevin de La Chimba, el Lula mayor.

Lo de la protección parecía un chiste malo. Supuestamente les permitía andar tranquilos por un barrio en el que los chicos jugaban a la pelota y, después de cierta hora, a ser pistoleros disparando a las nubes o a la plaga de palomas. Era un lugar donde se podía comprar pasta base, cocaína barata o paraguayo con cierto riesgo, un sitio visitado por los chicos de los condominios que jugaban a ser *Los Intocables*: entraban en ese territorio maldito y se iban con papelillos de cocaína mezclada con un poco de veneno para hormigas. Kevin se reía mientras contaba esa historia.

Pero, más que guardaespaldas, estos colombas pobres necesitaban una pega buena para el padre o la madre, algo que les diera tranquilidad y, lo más trascendente, necesitaban que los reconocieran como refugiados, porque como ilegales no existían en este país. No existir significaba en Chile que no podían ir al consultorio si se enfermaban. Eran absolutamente nada, menos que los perros que tenían al menos derecho a salud, pues de vez en cuando la municipalidad hacía operativos para revisarlos y los esterilizaba.

Refugiados, explicaba el padre con una congoja que estremecía a los periodistas, porque los Parrada Castillo tuvieron su minuto de fama.

Y eran refugiados porque el padre, así lo contaba él, se había negado a pagar la cuota a uno de los grupos mafiosos. Los Tirolocos fueron a balearle la casa en Tumaco sin importar quién estuviera dentro. Solo estaban el padre y un amigo que tuvo el infortunio de estar cerca de él en ese momento. El amigo murió en el instante.

El otro proyectil rozó al padre, que arrancó por unos techos, pero tuvo más suerte que el santo Pablo Escobar, decía la madre, pues salió ileso de los balazos aunque algo rasmillado y con una herida sangrante en su brazo. No andaba armado. Si lo hubiera estado seguro se habría ido de tiros con los Tirolocos y quién sabe qué hubiera sucedido. Lo había aprendido bien en su pasado paraco.

Podría decirse que el padre era un tipo con suerte. Según la experiencia no sucedía lo mismo con los que estaban a su alrededor. Si lo hubieran matado, lo más probable es que la familia hubiese seguido un rato en Tumaco. Dudo que sus esperanzas de vida se extendieran más allá de un par de meses.

Los Tirolocos regresaron a la casa. La balearon, aunque ya estaba vacía, y luego la quemaron a vista y paciencia de los vecinos. Ahí Jean entendió que nadie se preocupaba por el otro y no por mala onda, sino porque estaban inmersos en una telaraña de terror, de miedo. Si mostrabas simpatía por alguien que era enemigo de otro te cocían a balazos y en eso se había transformado la ciudad —ciertas partes de Tumaco, no hay que generalizar, advertía la madre— desde el día en que arribaron a descansar esos paramilitares. Y junto al terror había cumbia, vallenato y reguetón, pues había que vivir la vida a concho antes de que te mataran.

Los Tirolocos odiaban al padre y a todo lo que viniera de él y no había que preguntarse demasiado por qué.

El padre permaneció oculto en una parroquia cercana a la casa hasta que unos parientes lo sacaron de la ciudad. Dos días más tarde, don Lino, que era un malevo que había venido de abajo, se encontraba refugiado en un barrio en la periferia de Cali, en la comuna 21, en la casa de una tía de la madre, muy tranquilo, muy cómodo, pensando en sus próximos pasos. Era un lugar bullicioso y parecía alegre —eran vecinos de un bar que funcionaba las veinticuatro horas y eso le gustaba a don Lino, que a veces bajaba a beber un aguardiente—, pero también allí había Tirolocos, como en casi todo Colombia.

Los chicos y la madre llegaron a Cali, conocida como la Sultana del Valle, sanos y salvos, tras permanecer en la casa de unos parientes en Tumaco.

La historia de la bala de Eyhi comenzó allí mismo, cuando un hombre disparó varias veces hacia otro hombre desde una moto, en las afueras del bar, y la bala de 22 mm viajó como espermatozoide a copular con la muerte. La bala subió, golpeó las murallas como una pelota dentro de un flipper, tuvo piedad con algunos y lo que quedaba alcanzó su destino: la cabeza dormida de la niña. Dio un grito con el agujonazo y sollozó.

A Eyhi le corrió un hilillo de sangre detrás de una de sus orejas. Pensaron que moriría ahí mismo, pero la sangre se estancó y la pequeñita se durmió. Buscaron la bala en algún lugar de la habitación pensando que la había rozado. No la encontraron. Después palparon la oreja. A pesar de su mala suerte, Eyhi tuvo la fortuna de que, después de un par de rebotes en las paredes, la bala perdiera fuerza y con su último aliento se incrustara debajo de la oreja sin llegar al cerebro. El médico que la atendió al otro día en Cali les advirtió que si no la sacaban a tiempo, el plomo se le iría incrustando en el cerebro quién sabe por qué caraja razón hasta matarla y la familia Parrada lo que menos tenía era tiempo, pues ya los querían balear a todos en Cali.

El interés de los vecinos, claro está, no fue otra cosa que el efecto de la publicación del drama en el diario, aunque el Kevin no era de leer los diarios ni le interesaba lo que sucedía excepto cuando aparecía nombrado él mismo. Escuchó de los Parrada a través de un relato oral tergiversado varias veces en la calle: Eyhi ya no tenía una bala sino un enorme proyectil incrustado en la cabeza.

De pronto esos colombas negros se transformaron en unas negras celebridades del barrio, algo así como los hermanos Jackson Five: todos querían verlos; claro, eso de que todos querían conocerlos es una exageración. Al día siguiente de la nota aparecieron unas cinco personas, entre ellas una organización de derechos humanos representada por un barbón algo grueso y alto, que se presentó como sociólogo, y les ofreció ayuda en su calidad de refugiados. Les advirtió que eran muchos quienes andaban en la misma situación, escapando de lo que llamaban guerrilla, y no todos eran blancas palomas. Si don Parrada no acreditaba que estaba amenazado en su país — Chile era un país de documentos y papeleos—, era mejor que prepararan sus cosas para largarse. Otro día llegaron dos personas, y así sucesivamente hasta que llegó la PDI, la temible, la de las tres letras, la sacacolombianos, a saludarlos tras la publicación en el diario.

Si querían ganar puntos con la historia triste de la hermana, había que recordársela a la gente y eso iba a hacer don Lino Parrada, que por esos días no parecía relajado.

La historia, la de los Parrada, la contó el periodista con un tono tan conmovedor que hasta el grupo de delincuentes juveniles se compadeció, porque la única manera de sobrevivir en ese momento era a través de la lástima y eso lo sabía bien el padre, un experto en sacarle provecho al infortunio. La parte que más le gustó a Jean del mentiroso relato fue cuando cruzaron los Andes: se vio ahí, tiritando, con el rostro apretado por trapos como una momia, con las cejas congeladas, en medio del frío, protegiendo a su hermano menor.

Don Lino, en su relato, recordaba que lo sorprendió el sol brillante que no dejaba sombras, el mismo de todo el norte de Chile, en esa ciudad tranquila, Pozo Almonte, de casas bajas y gigantes banderas chilenas como diciéndote, una y otra vez, estás en Chile, pequeño extranjero, y ahora estás en este país nacionalista que te perseguirá si eres extranjero, pobre y negro.

Al periodista, un tipo grueso de camisa sudada con cabeza deforme —le habían gritado más de una vez viejo cabeza de ajo—, le faltó escribir en esa crónica, hecha con el entusiasmo de quien escribe de su propia vida en las redes sociales, que la estrella de los reyes magos los condujo al

camión salvador y que el chofer boliviano era un instrumento de Dios. Al gordo, como a todo periodista de diario sensacionalista, le gustaba el drama, la tensión del drama, el drama de mantener atento al lector y el drama que vendía diarios. El drama de los pobres inmigrantes colombianos era material de moda para reportajes, cuentos y hasta para novelas. El gordo también deseaba escribir la novela de la familia Parrada.

Existía la posibilidad de que el Kevin, de puro morbos, hubiera querido conocer a Eyhi. Otra opción podía ser que su madre, la señora Viveca —también enlulada por su fallecida madre en su infancia—, una dirigente social de Antofagasta que siempre ganaba cosas para el pasaje de cinco casas conectadas por los patios y que solo exigía a los vecinos hacer la vista gorda de sus triquiñuelas —así todos ganaban, decía—, estuviera detrás de esta nueva actitud hacia los colombianos de más abajo.

Algo quería la vieja. ¿Algún favor? ¿Alguna caja?

Viveca era joven. No pasaba los treinta y cinco años, pero estaba gruesa de tanto alimentarse de completos con papas fritas, beber Coca-Cola y de su nueva afición a las papas rellenas de la madre de Jean, que le parecían deliciosas. Esa gordura también podría revelarnos un nuevo embarazo, pues la señora Viveca era buena para parir. Sumaba cinco Lulas. Kevin, el mayor, parecía de dieciocho años o un poco más. Viveca era a la única o lo único que respetaban, y hacía vista gorda con sus hijos. A veces los ayudaba en sus turbiedades. Siempre surgían nuevos críos por su casa, podían ser sobrinos o hijos del padre, que estaba preso pero salía los domingos y nunca se veía —decían que se encerraba a ver fútbol porque era fanático de la U—, y a quien Viveca visitaba en la cárcel cada vez que le era posible. Lo otro era pensar en un incesto. Ella no parecía celosa. Todos los niños eran bienvenidos; lo extraño era la ausencia de niñas en su lote. Usted puede preguntarse por qué razón no las había o dónde estaban las chicas. A Viveca le gustaba ser la reina, la abeja reina, y no tener competencia. Una vez Jean imaginó que las chicas estaban encerradas en alguna de las casas, pues no le cabía en la mente que no hubiese ninguna. O quizás el problema era más bien la creciente necesidad de Jean de ver mujeres cerca, pues su sexo parecía una antena. Había chicas más abajo, en los condominios, y para verlas había que escalar la muralla.

Un día, encaramado, vio a una chica pecosa que le encantó. Tenía el cabello color paja, labios gruesos, mirada tierna pero esquiva. Se parecía a Patty, la amiga de Snoopy, y así quedó bautizada por Jean. La pecosa se intimidó al ver la cara detrás del cerco eléctrico y apurada, con paso largo y algo encorvada, se retiró a su casa y cerró las cortinas para, podría pensarse, no ver más el rostro de ese negro feo. No se trató de su impresión hacia un chico negro colombiano, porque los había en toda la ciudad, sino que lo relacionó con un Lula, o un delincuente, y en eso se había transformado Jean para algunos: en el primer Lula negro de la historia de Antofagasta. La pecosa pudo haber pensado que Jean robaría y hasta quizás que consumiría el robo con una violación,

como aparecía siempre en el noticiero local. En la pantalla los colombianos siempre vendían drogas y eran responsables de cualquier acto vándalo de la ciudad.

A pesar de lo que podía deducirse de este primer encuentro, la pecosa no estaba contagiada con el virus anticolomba.

En otra ocasión, el negro se asomó con una rosa que había robado en un cementerio cercano, pero no encontró a la chica sino que al conserje. Bájate, negro maricón de la conchadetumadre, le dijo. Entendió que ese no sería el método apropiado para acercarse a ella o a las de su clase. Cuando decía clase asumía que había otras personas sobre ellos y se armaba una escalera mental en la que él estaba en el comienzo, o quizás en el subterráneo, asunto que le generaba desconcierto y que, si no lo manejaba bien, solo lo llenaría de resentimiento y problemas. Tenía diecisiete años y era un negro extranjero, y dadas estas características, estaba en el último vagón del tren debajo de los perritos finos y falderos que paseaban por los alrededores del condominio.

Lo único que lo hacía distinto era tener un tanque.

Quizás Los Lulas pretendían guardar un cargamento de droga, una caja más en la bodega de los colombianos a cambio de protección. ¿Protección de qué? ¿De ellos? Allí nadie confiaba así porque sí, nadie se hacía el bueno y el generoso sin ganar algo a cambio, y eso no sucedía solo acá sino que en todos lados. En Colombia, decía el padre, la diferencia era que si te exigían algo había que hacerlo, pues si no te metían el plomo y listo, pa' la otra vida se va usted, mi parece.

No era extraño pensar lo de las drogas.

Quiero ver la bala que tu hermanita tiene metida en la cabeza, le dijo Kevin, y despejó por un rato sus dudas. Esa vez, junto a otros Lulas, les trajeron unos tarros de Milo a cambio de ver a su hermana. Viveca no parecía estar detrás de eso, lo cual era un respiro. ¿Por qué Milo?, preguntó Jean. Porque son negros, contestó uno de sus hermanos y todos rieron.

El Lula Kevin era un chico curioso pero descifrable. No tenía medias tintas. Era sí o no. Sus hermanos eran similares y vestían casi iguales, usaban gorros con letras brillosas como cantantes de reguetón, zapatillas y ropa deportiva con el símbolo de la marca Nike y mejor si el símbolo era fluorescente. Jean y Álex soñaban con las zapatillas de Kevin.

Los chicos eran arrogantes, territoriales y reaccionaban cuando alguien que no era de sus características se les metía en el territorio; su pequeña Irak, podría decirse. Vivían sin ideales políticos y claramente no les interesaba ni siquiera quién gobernaba el país o las diferencias entre izquierda o derecha, a pesar de que su madre fuera dirigente vecinal de la derecha. En la casa de Viveca flameaba una banderita de la alcaldesa y eso, hasta cierto punto, le significaba la protección del municipio y hasta algún dinero extra por conseguir permisos municipales para que los vecinos emprendieran con negocios de comida rápida. Eran solidarios por conveniencia. A Los Lulas les gustaba andar con las mejores zapatillas y robadas con violencia valían más, eran algo así como una medalla. Les gustaba robar autos, especialmente los Hyundai Veloster, y lucirlos por un rato en el sector, con la música a todo volumen hasta deshacerse de ellos; cuando

lo hacían, los dejaban bien destruidos, a veces incendiados, para que sus dueños no los utilizaran más. Jugaban a hacerse los vivos y ser *avivaos* era estar despiertos a la jugada y ganar, de lo contrario eras un gil.

El padre, calmo, acostumbrado a tratar con delincuentes y bien escaso de palabras, llamó a Eyhi, la puso al frente del Kevin y le gesticuló al chico pausadamente, como si estuviera frente a un sordomudo. El Kevin observó como un mono beduino —se rascó la cabeza y se afirmó la pera, buscando alguna explicación— el oído de Eyhi, varias veces, hasta que don Lino tomó su dedo y lo llevó al poroto de carne en que se había transformado la bala. En ese momento Jean imaginó que el Lula apretaría la bala, que su hermana lloraría desconsolada de dolor y que lo golpearía con lo que tuviera, sin medir las consecuencias. Jean tomó aire y repasó la imagen. De pronto vio a su hermana transformada en una anormal criatura circense y esa idea lo turbó, pues pensó que podía venir más gente a frotar el grano de la suerte. Vio a su padre, su cara, su expresión, imaginó que planeaba mendigar con la Niña Bala en el centro como ese señor que aparentaba un cáncer terminal y pedía monedas con mangueras inyectadas a su boca desde un tubo de oxígeno, y aunque la mayoría sabía que era un estafador, igual le daban las monedas que sobraban en el bolsillo.

Y así lamentablemente sucedió por unos días, pero no fue en el centro —porque los podían llevar detenidos y deportar—, sino que en la misma casa o al costado de la vulcanización del Negro Buenaventura, donde transitaban micros de norte a sur y viceversa. Varios vinieron con todo el riesgo que implicaba a rezar por la pequeña, siempre con el tacto sobre el bulto, sobajeando como si Eyhi hiciera milagritos pero no estaba muerta para andarle soplando a Dios a quién ayudar o a quién no. Según el cuento de don Lino se moriría cuando la bala, que avanzaba un micromilímetro por día como si fuera un ácaro bajo la piel, le llegara a cierto punto del cerebro. El padre con su parsimonia era muy bueno explicando ese proceso, y un día, cuando ya había comenzado a trabajar como frutero y mientras cargaban el carretón de frutas, le dijo a Jean: Cuando esté muy necesitado, dele sentido a alguna piedra y aproveche la ignorancia de la gente, quizás esa piedra tenga el poder para que usted pueda sobrevivir, hijo. Jean simuló interés en sus palabras.

Por unos días no escucharon disparos locos de noche, pues Los Lulas estaban más preocupados en jugar Playstation. Cuando vieron el vehículo de la PDI se hicieron humo: pensaron que los venían a buscar a ellos y no a los colombianos de la Niña Bala.



Al parecer de don Lino, el nombre de Niña Bala era mejor que el de Eyhi, que no tenía demasiado sentido. La madre le recriminaba la ocurrencia de juntar una «y» separada por una «h» con otra «i». Al final el nombre sonaba como si llamaran a alguien, algo así como «¡ey, i!». El padre, que quería influenciar los destinos de los niños desde un comienzo, la llamó así porque su vida sería insignificante como su nombre. Para don Parrada las mujeres no servían para mucho.

Pero Eyhi estaba destinada a otra cosa que no había previsto el padre, tampoco Jean. Hay que ser humilde, le recalca la madre a sus hijos esas tardes, cuando le ayudaban a armar las papas rellenas que luego salían a vender por la población.

Una vez, Jean escuchó al padre decir que Eyhi era el sonido de un pájaro de la selva y que se le ocurrió el nombre porque lo escuchó minutos antes de inscribir a la hermana, pero a Jean le parecía más el de un insecto, un moscardón. La madre le creyó, Jean no. A favor del padre estaba su obsesión por los sonidos, lo que no era por gusto, sino más bien por supervivencia. Creció en la humedad de la selva, en la periferia de Buenaventura. Había muchos sonidos que descifrar. Conocer el de las balas viajando a través de la vegetación, cortando las hojas como en las películas, le salvó la vida en un par de oportunidades. De pronto la selva, o cualquier vegetación espesa o abundante, mutaba a un espacio prohibido, de vida o muerte, y no por los bichos, ni por los riachuelos ni por el terreno.

Aquí en Antofagasta al padre parecía aburrirle que los sonidos no fueran más que cuatro o cinco: motores de micros cercanos; ladridos de perros; la electricidad en los cables de alta tensión cerca de las casas emulando por segundos el canto de los grillos de la selva; la música estridente, pues todos tenían que saber lo que escuchaba el vecino y los vecinos escuchaban reguetón o la salsa de Pasaporte 4, el grupo de moda, o la de Maelo Ruiz, porque a quién no le gustaba el gran Maelo; y a veces los balazos hacia la luna. El sonido de los balazos al aire se extinguió cuando se llevaron preso a Kevin. La calma duró una semana, el tiempo que se demoraron en dejarlo libre por ser menor de edad. Cuando cumplió la mayoría de edad se fue preso por unos días, acusado del robo de un auto, una mastodonte camioneta Ford que no pasaba piola en ninguna parte y que pretendía vender a esos traficantes de Bolivia que las intercambiaban por droga. Quería subir de puesto en la escala narco.

¿Sabes manejar?, le preguntó una vez a Jean quien, con el jockey dado vuelta, parecía el mismo Tupac Shakur.

Después de aparecido el artículo en la prensa, titulado «La historia de la Niña Bala», Jean pensó que Eyhi podría ser una transformación de la palabra *doooom*, la onomatopeya del silbido de la bala, y esa idea le pareció optimista ya que podía atraer el dinero que necesitaban para sobrevivir en aquellos primeros días en la ciudad.

La madre, que no estaba cómoda con la visita de los reporteros pues no quería contar las miserias públicamente, les dijo que esquivaran al fotógrafo, un flaco chascón con nariz de garfio. El fotógrafo sin embargo fue más astuto que los chicos y que la madre: en cinco minutos les dio una pequeña clase de fotografía, en especial de cómo aprovechar la luz en un lugar tan oscuro como el suyo, donde era necesario mantener la puerta abierta para que entrara el sol, y así, luego de dos minutos, estaban con una cámara pequeña fotografiando los rincones del garaje, las arañas, las ollas, las cebollas apiladas en el suelo, las papas, a la madre, al padre y a la pequeña Eyhi con su grano de choclo incrustado en la cabeza como un chip. Al otro día, Jean continuó fotografiando con el celular de la madre, pero le resultaba imposible lograr la misma nitidez de los detalles de la cámara del periodista. Ese flaco, al que luego vio varias veces en la calle y no lo reconoció, se transformó en la primera persona interesada en enseñarles algo sin esperar nada a cambio, aunque no había que ser muy inteligente para entender que los chicos le servían como testimonio de la inmigración para sus varios proyectos culturales. El lente del celular no captaba los detalles que obsesionaban a Jean, como las juntas de las cañerías, la hilera de hormigas que subía, bajaba y zigzagueaba, siempre cargando algo diminuto. Ese ir y venir le hacía pensar en los desplazados, en los inmigrantes, en ellos mismos yendo hacia alguna parte, como a esta Antofagasta, con todas sus miserias y opulencias.

En ese momento, Jean quiso ser fotógrafo. Trabajar en el diario de la ciudad. Ser el primer fotógrafo negro en un diario de Antofagasta. Retratar la vida de los colombas en la ciudad. Publicar fotos de los parques. Y dejar testimonio de la inmigración. Pero cómo se le ocurre, usted está re huevón, le dijo la madre, molesta. Era imposible que Jean pudiera estudiar si continuaba con la urgente vida que estaba escrita en la libreta del padre, pero la presión de don Lino no logró derrumbar un atisbo de esperanza que había crecido en su interior, y que tambaleó cuando esa tarde vio llegar a la PDI.

Pero a veces suceden cosas extraordinarias en la vida, y esta es una de ellas. Porque el temor que tenían con la llegada de la PDI se disipó de un momento a otro cuando una policía joven bajó del auto y preguntó con voz suave y amistosa por la familia de la Niña Bala. La madre los hizo entrar, aunque estaba muy asustada pues pensó que los venían a expulsar por culpa del maldito reportaje del gordo cabeza de ajo. Eran dos mujeres y un hombre. Jóvenes ambos, no tenían más de treinta años y parecían amables. Como le sucedía a Jean con todo lo que le llamaba la atención, se imaginó transformado en un PDI con una pistola a un costado, conduciendo una Montero. Antes de que la madre les ofreciera café y papas rellenas, la policía les dijo que se presentaran cuanto antes en el cuartel de la PDI y luego en Extranjería de la gobernación, para regularizar su situación

y eso, en otras palabras, significaba que pasarían a estar legales. Su estado se arreglaría lo más pronto posible porque el gobernador —no el intendente—, enhorabuena, se había compadecido de ellos gracias a Eyhi y al gordo periodista que le puso a la historia fantasía de su cosecha.

Antes de irse, la oficial de la PDI les pidió que evitaran a los vecinos de arriba. Nadie quiso preguntar por qué. Con mucho gusto, le respondió la madre. Don Lino la miró decepcionado.

Después de regularizar los papeles, en los que fueron certificados con la visa de inmigrantes —y no de refugiados, como lo había deseado el padre, porque de esa manera el Estado chileno les entregaría dinero para vivir y les arrendaría una casa—, nada extraordinario sucedió por el lapso de un par de meses. Los Parrada Castillo sobrevivieron con las papas rellenas de la madre, cuya demanda crecía como pan caliente por el sector. Ya no parecía tan triste y amasaba una pequeña cantidad de dinero que guardaba en una caja debajo de su cama. El padre consiguió un carretón y vendía fruta en la Vega y alrededores, pero su aporte no era tan generoso; don Lino se gastaba buena parte en la schopería Huracán, al costado de la Vega. Lo positivo era que se había acabado el año y empezaba uno nuevo con la intención de voltear la página y con las ganas de hacer cosas. Así los encontraron las fiestas de fin de año, con la rumba de petardos, balazos al aire y el reguetón de Los Lulas que cerraron su pasaje por unos días. No los invitaron a la fiesta, aunque les chorrearon varias lucas gracias al encargo de cincuenta papas rellenas. Solo Eyhi tuvo algunos regalos de navidad, el de la señora; Lula fue un pony gigante de peluche.

En las tardes de enero, ya en verano, Jean y Álex partían a bañarse a la playa El Trocadero, donde hicieron amigos negros como ellos, algunos de Buenaventura y otros del Valle del Cauca. Jugaban a la pelota y se metían en el mar; después, ya casi de noche, subían por las calles entre los condominios como si fueran los dueños del barrio, los capos, los patrones, los putos amos. Los vecinos eludían a los pandilleros cuando al atardecer paseaban a sus perritos pequeños, bien peinados, como bebés, para que hicieran sus necesidades. Al ver al grupo de negros que se les venía encima por la calle, tomaban a los animalitos en los brazos y cruzaban a paso rápido. Ese acto les acrecentaba el ego de negros invencibles, y más de alguna vez alguno los insultó por chilenos maricas y solapados, e incluso los correteó hasta las puertas del condominio solo por diversión.

Más arriba de la línea del tren, los amigos se dispersaban hasta las casas. Jean y Álex tenían la suerte de vivir cerca, el resto debía subir hasta las faldas del cerro y, a veces, sortear los pedrazos de los chilenos que les buscaban bronca. Les gustaba medirse con los colombianos porque habían decidido, como sus padres, que eran los enemigos. No era raro que por ese entonces los colombianos de arriba, los de los cerros, comenzaran a criar perros pitbull para defenderse. Con ellos caminaban tranquilos por el sector. La otra opción era conseguirse un fierro, pero nadie quería irse preso, porque si hay algo que no les gustaba a los colombianos era estar

encerrados. A veces los chicos bajaban a la playa con sus pitbull. Le tomaron el gusto a sentirse poderosos, aunque no era una jugada muy inteligente, ya que al mismo tiempo acrecentaban la imagen delincencial que les habían creado los chilenos.

Cada vez era un grupo más grande y se protegían entre ellos, aunque también surgían rivalidades porque la mayoría eran hinchas del América de Cali y otros, los menos, del Deportivo Cali. A Jean le gustaba la Universidad de Chile, lo que era raro para los demás; era fan del equipo azul, el mismo color de Millonarios, el club de su madre que con orgullo decía ser bogotana. Igual que a Los Lulas, que mantenían las murallas pintadas con alusiones a la U. Nadie podía entrar al sector con la camiseta de Colo Colo.

Ese grupo de verano lo fundaron siete chicos y, a finales de enero, ya se habían sumado como treinta. Tenían entre doce y diecisiete años y tres pitbulls; algunos eran mezcla de quiltro, algo así como quiltritbull. Un trágico día de febrero, uno de los jóvenes, al que conocían como Landazuri, ese era su apellido, murió al lanzarse al mar para salvar a su hermana, una mujer de veinticinco, bella como toda colombiana. Después de varios pataleos en el agua, la colomba logró ser rescatada por unos chilenos que sí sabían nadar bien y mantenerse a flote en ese océano encrespado y frío, en la zona de las pozas que rodeaban a El Trocadero y que tenían nombres tan raros como la Poza de los Curas o la Poza de los Gringos. A Landazuri nadie lo rescató. En cosa de minutos, el mar se lo tragó. Más tarde, unos marinos sacaron el cuerpo; por suerte, pues a algunos se los chupaba el fondo del mar para ser mordisqueados por los cangrejos. Lo dejaron sobre unas rocas como un bulto en espera de que alguien lo fuera a buscar.

Los chilenos siempre los desafiaban a lanzarse piqueros al mar, mejor si eran de más altura, porque en eso eran buenos, parecían volar como pájaros que caen en picada contra el mar en busca de pescado. Uno de los chilenos le dijo a Jean que los colombianos no sabían nadar en el mar simplemente porque eran grones; le dijo que no había visto nunca a un negro nadando, y lo dijo picado, porque casi siempre perdían en los partidos de fútbol, sobre todo cuando jugaba Álex. Sin Álex los *bananas* —así llamaban al equipo colombiano— eran otra cosa y a veces empataban.

Otro chileno de mayor edad, envalentonado, repitió que los negros no sabían nadar, y lo expresó así, pausadamente, ustedes no saben nadar, ne-gri-tos, y yo les explicaré las razones; lo dijo como un profe, como un relator de programas de Nat Geo, como si tuviera la razón. Ellos lo escucharon atentos. Dijo que si miraban cualquier documental de historia de las Olimpiadas, no habría ningún negro ganando una medalla de oro en natación. Explicó, con afán de documentalista nazi tipo Leni Riefenstahl, qué cosas podían hacer bien los negros y qué cosas no, y luego terminó su exposición diciendo que los blancos estaban hechos para pensar y, en cambio, los negros, los grones, los colombas, los bonaverenses, para trabajar, para correr y para traficar, y terminó diciendo que cuando dejaran de delinquir podrían llegar a ser un aporte al país. Su salvación sería el deporte, él mismo se imaginaba a un CDA (la sigla de Club de Deportes Antofagasta) lleno de

negros buenos para la pelota, algo así como la selección de Francia, «un equipo físico», agregaba, con pose del chico Sampaoli.

Jean siempre se bañó en la orilla de la playa. Recordaba el cadáver de Landazuri y el llanto de su hermana y luego el de su madre y su arrepentimiento por dejarlo partir. El cuerpo estuvo varias horas sobre las rocas, cada vez más hinchado, babeando como perro envenenado. Los chicos estaban a su alrededor, esperando que se lo llevara el Servicio Médico Legal. Jean había visto otros cadáveres, en Colombia era lo más normal ver a baleados en la calle, sangrando. No le sorprendían tanto esas muertes como la de un amigo que podía ser su hermano tendido allí, ahogado, con los ojos vidriosos como pescado colgado, tirado en el suelo del que no era su país. Lo que más le molestaba era el desprecio de los chilenos, sus susurros fáciles de descifrar: un colombiano menos. Él no quería acumular rabia ni odio, pero esas miradas y esas palabras le sonsacaban una profunda rabia, una ira que lo descontrolaba y lo hacía pensar en sus ganas de hacer funcionar el tanque de los milicos.

Mañana, Jean podría ser Landazuri.

En esos meses de verano, los alrededores de la casa-bodega se fueron llenando de más cachureos. Y llegaron los gatos y los perros. No eran pitbulls, sino perros de diversos tamaños y colores, expertos en cazar ratones. A veces el Negro Buenaventura, con un cigarro en la mano, les lanzaba gastados neumáticos de los autos que desmantelaba en la vulcanización, en la esquina de la casa de los Parrada. Los mordían con furia como vengándose de todas sus malas vidas. Por esos días Antofagasta llegó a ser conocida por el perro Dientes de Sable, un animal que había hecho de los neumáticos de los taxis colectivos sus huesos favoritos. Periodistas de todo Chile vinieron a reportear su historia. La muerte de Landazuri, en cambio, solo mereció un escueto párrafo en un diario local.

La madre se había provisto de una cocina con gas y ya no tenía la necesidad de hacer las papas rellenas en la calle. El padre, cuando llegaba de la feria y tenía ánimo, salía con su carretón a vender los televisores y refrigeradores viejos a las personas que vivían en el basural. Cuando le dolía la espalda, dolor que se le haría crónico con el tiempo y que solo se le pasaba, afirmaba, con una cerveza en la mano, el hombre se sentaba entre los artefactos a admirar su desértico jardín; cerraba los ojos y, como un viejo caimán, calentaba su cuerpo con la tibieza del sol. Él era el responsable de acumular cachureos, veía dinero en aquellos plásticos y metales oxidados; si fuera por la madre, en cambio, que todo eso se fuera a la completa mierda, y así se lo hacía saber al padre, cuando bebían y comenzaban a insultarse y aparecían los demonios.

Don Lino, sin las presiones de la muerte rondando como en Colombia, se había relajado y con el Negro Buenaventura amasaban la idea de secuestrar perros. Esto tras leer en un cartel el ofrecimiento de una abultada recompensa por la desaparición de uno.

Ya en marzo, mientras más tiempo pasara el padre fuera de la casa era mejor para todos. Con el dinero de las papas rellenas la madre había comenzado a arreglarse un poco más y se veía más

bonita; iba al salón de belleza que una paisa había colocado más arriba, en las tomas de terreno. Eso indignaba al padre, que insistía en manejar todo él, a pesar de que ya ni estaba, e insistía, también, en que la madre no se arreglara: la prefería fea, para sentirse más seguro, y se salía de sus casillas con la indiferencia de Jean, que ya no le daba mucha bola. A esas alturas el único que le hacía caso y creía cabalmente en él era su hijo menor. Álex era su apuesta final y cuando le sobraba algo de dinero le compraba ropa de futbolista. Le regaló una camiseta del América de Cali con el nombre de Willington Ortiz, su gran ídolo. La había comprado en una pequeña feria de la calle Bolívar, a la que entraban colombianos y uno que otro chileno dispuesto a degustar los panes con piña que vendía una pastelería.

Álex le preguntó quién era Ortiz y él le detalló los pergaminos del goleador ochentero conocido como el viejo Willy, nacido también en Tumaco. Jugué contra él. Le di un pase para que hiciera un golazo. Viera cómo la metió. Don Lino también le contó que nunca le dieron la oportunidad de probarse en el América, y después se le pasó el tiempo. Puede decirse que el hombre se proyectaba en su hijo.

A Álex, si le preguntabas por algún futbolista colombiano, hablaba de James Rodríguez o Falcao, igual que todos. También le gustaba Alexis Sánchez y por eso quería conocer Tocopilla, unos kilómetros más al norte de Antofagasta, la pequeña ciudad donde cada navidad el futbolista, como el Viejo Pascuero, repartía regalos a bordo de un camión. El día en que la conoció se sacó una foto en la plaza con la grotesca estatua de Alexis y se sintió el colombiano más feliz de Chile. Luego peregrinó hasta la casa de su ídolo, aunque no se atrevió a tocar la puerta.

Álex comenzó sus clases en una escuela cercana conocida como Los Arenales y no hubo que esperar mucho para que destacara como futbolista, para la alegría del padre quien veía en él la salvación a todos sus dramas. Pensaba que podía llegar a ser el nuevo Rodríguez, pero negro, jugar en el Real Madrid y, de paso, llevar a la familia a disfrutar de Europa y darles los lujos que nunca tuvieron. Estaba ilusionado, Álex parecía ser su última esperanza. Su hijo, además de ser dotado para el fútbol, era grande para su edad, tenía trece años y ya medía un metro ochenta. Corría bien con la pelota, giraba con ella a lo Zidane y hacía muchas piruetas. Jean sentía orgullo de su hermano. Nunca las canchas de Los Arenales vieron a ningún colombiano con ese talento. Jean también se proyectó —como su padre— en alguna ciudad europea, esperando jugar Play después de los entrenamientos, como los amigos de Alexis, pero desistió de inmediato. Él quería hacer su propio camino. Había decidido forjarse solo. Ya en otoño, Jean se ganaba unos pesos extra como cargador en la Vega, en el tiempo en que no estaba con su padre, dinero que invertía en cajas de frutas o verduras para vender en la entrada de los condominios. Así iba aumentando sus ahorros: lo positivo era que ni su padre ni su madre lo molestaban con la plata; estaban conscientes de que no iría nunca más a la escuela y de que, tarde o temprano, heredaría los carretones de su padre y emprendería su propio negocio.

Un sábado, el día cuando los vecinos del condominio salían de compras, apareció Patty de

Snoopy con la intención de comprar manzanas. No reconoció a Jean. Él pensó que para ella era un colombiano en serie, como un Lego temático que hablaba sobre las FARC, las papas rellenas y el Valle del Cauca, y debía tener cuidado.

Patty se fue con dos manzanas gratis —aunque insistió en pagarlas—; las mejores, por supuesto, y una sonrisa de su amable servidor que terminó el diálogo con la muletilla más preciada de los colombianos: Con mucho gusto. Por esos días, ella era la mejor motivación que tenía Jean para vender sus frutas. Por algunos días dejó de ir a la playa solo para instalarse ahí, frente a la entrada, y darle manzanas. Nunca la vio en el mar e imaginó que le hacía mal el sol. Sabía que al interior del condominio había una piscina y la imaginaba adentro, con su cuerpo blanco, algo grueso y pecoso. Pero Patty se le fue a la punta del cerro cuando un día, después de haberse llevado media docena de manzanas gratis, llegó con un chico de dieciocho años o mayor, con unas zapatillas Nike fluorescentes con una suela de oruga y, delante de Patty, que se quedó unos metros más atrás haciéndose la tonta, sin mirarlo, y golpeándose con los dedos el mentón, le preguntó al colombero si tenía una movida de paraguayos y, antes de que le respondiera, le dijo que le daría cinco mil pesos si se los traía lo más rápido posible, porque él —y esto era fácil deducir— no se atrevía a ir donde Los Lulas pues de vuelta vendría, por lo menos, sin sus zapatillas y con unas patadas en la raja que hasta el mismo Jean le daría por huevón. Era bueno saber que lo consideraban un embajador de Los Lulas, un diplomático del hampa, y podía sacarle provecho a eso; mal que mal, tenía el pasaporte para salir y entrar de su territorio.

En esos días de calor mientras vendía frutas, Jean, el grone, recibió varias propuestas desde el condominio, como la de un señor de aspecto apergaminado, de cuarenta años, algo robusto, calvo, rostro pálido, orejas diminutas que parecían de cera, gafas redondas, mediano de estatura, quien le preguntó con laxitud y voz medio ahogada, como quien tiene un resfrío, si quería ganarse unas lucas como modelo de fotografía. El chico pensó en el fotógrafo, el Flaco, e imaginó que quería retratarlo como inmigrante, podía tratarse de un experto, de un artista del cual podía aprender. Le dijo al señor, que se presentó como Héctor Farandato, que le explicara el asunto. Fue directo: el señor le dijo que quería fotografiarlo desnudo por su belleza de príncipe de Antofalombia, para una exposición artística, que cuánto podía cobrarle y que mientras no estuviera desnudo podrían ver una buena película en su habitación, no una porno, y comer pizzas.

De inmediato Farandato, quien nunca había tratado de esa forma a un inmigrante, se arrepintió: él se consideraba humanista y respetuoso ante la diversidad. Como homosexual exigía respeto y había sido arrastrado por sus pasiones, que a veces no controlaba y por las que ya había tenido problemas. Una vez, cuando era varios años más joven, lo botaron de un trabajo de agente de ventas por intentar seducir al botón de un hotel en Valparaíso y él, indignado, lo acusó a la gerencia del hotel. La patada en la raja vino por añadidura.

Las invitaciones de Farandato a su casa en el condominio continuaron, pero no tan directas como la inicial. Y claro, el grone tenía algo de hambre y curiosidad por conocer a ese solitario



hombre que lo incineraba con la mirada y que podía aportarle en su afán de aprendizaje en ese país. Empezó a ir cada vez más seguido.

Uno de esos días de finales de verano le llegó el carné de identidad chileno, con un número que partía en veinticuatro millones. El joven se sintió feliz como un antofalombiano. Con eso podía trabajar.

En sus cada vez más frecuentes visitas al condominio, Jean logró buena onda con el conserje, Manuel Lau, quien tuvo la voluntad de fabricarle un pequeño aviso y ubicarlo en el diario mural. El aviso decía: «Jean, joven colombiano, buen trato —a los chilenos les agradaba cómo hablaban, el tono de voz, en especial el trato de usted y eso del con mucho gusto—, jardinería, cambios de casa, aseo y otros» (el *otros* era ambiguo a sabiendas). Jean le había insistido que pusiera colombiano. Lau no quería revelar la nacionalidad porque espantaría a los clientes, pero el origen era evidente a primera vista.

De un momento a otro, Jean se había transformado en el único colombiano del sector que trabajaba para sus vecinos, quienes, como dijo el bueno de Lau en broma, querían sentirse como los gringos de *Lo que el viento se llevó* y tener negros a su servicio. Eso de trabajar en un ambiente hostil podía parecer un sacrificio, pero Jean lo hizo por la dulce presencia de Patty; podría ser su esclavo sexual si ella se lo propusiera. Jean se masturbaba bastante en esos días. Ella no le daba bola y no pasaba el sexo ni siquiera por su mente, pero la ilusión se mantenía intacta. Jean, un macho colombiano, un negro bello, dotado con una respetable anaconda, se preguntaba si debía tomar la iniciativa. Y aquí entramos en el terreno de las preguntas melodramáticas: ¿cómo era posible que un inmigrante pobre pudiera enamorarse de una chica rubia, de clase media y chilena? En la tele los finales son felices, pero esto era la pura y cruel realidad.

No obstante, si había algo que caracterizaba al grone era su optimismo. Y así llegó entonces la oportunidad laboral: Manuel Lau le propuso reemplazarlo en la puerta del condominio, pues viajaría al interior, a una salitrera abandonada donde le gustaba acampar, decía, para buscar cachivaches para el museo personal que mantenía en su casa. Y también para hablar con los fantasmas, aunque lo suyo era el placer de extraviarse y llenar sus vacíos con desierto, y eso quería creer Jean, pues de lo contrario cabría suponer que iba a ver a alguien enterrado, en una especie de ritual o que supiera la ubicación de alguno de los detenidos desaparecidos. Nunca le reveló la verdadera motivación para sumergirse a solas en el desierto, pero claramente era algo necesario en su vida, lo hacía por lo menos una vez al mes.

Lau había confiado en Jean de buenas a primeras e incluso cuando iba al baño le pedía que cruzara y le cuidara la puerta del condominio —el negro acarreaba su caja con frutas hacia ese lugar y le regalaba una manzana—; y el conserje demoraba pues leía el diario completo y algunas

revistas. Era un lector de WC, uno bueno. Lau tenía una edad indescifrable, entre cincuenta y sesenta y cinco años, usaba un bigote delgado y era más bien rojizo por el maltrato del sol del desierto. No estaba gordo como los señores que cocinaban asados los fines de semana en el condominio y cuyo aroma a carne abofeteaba a los de atrás; nunca en Colombia Jean conoció gente tan buena para la carne, nunca. Allí no comían como esos antofagastinos gordiflones que gastaban mucho dinero en comer, beber cerveza y vinos los fines de semana, y que repletaban los supermercados los sábados en la tarde, porque esa parrilla tipo nave espacial rebosante de lomo vetado y prietas achicharrándose era el símbolo del éxito, de la abundancia minera.

Jean le pidió a Lau que en el aviso agregara: «asador de carne y garzón». Y un día, después de estar a cargo de la asadera, servir, contar su vida y la de su familia varias veces ante la curiosidad de los comensales, recibir propina y lavar los platos, regresó a su casa con una bolsa y unos tres kilos de carne asada. Los vecinos eran generosos pero, como dijo Lau, algunos sentían placer al ser atendidos por un negrito —así le decían, cuestión que no le molestaba, aunque sí las absurdas bromas de los borrachos que comparaban sus dedos con el carbón, a quienes sonreía con la rabia ardiéndole por dentro. Él prefería que lo ignoraran, pero no sucedía a menudo. Los borrachos buscaban cómo bromear con el colomba; decían estupideces tales como que los chilenos habían inventado la cumbia con la Sonora Palacios, que se escuchaba de fondo. No faltaba la mención a Pablo Escobar desde las bocas glotonas de carne y amoratadas por el vino, y entonces la tolerancia había que estirla hasta el límite, algo que Jean entendía como parte de su proceso de formación de inmigrante en Antofagasta.

A Lau le gustaba trotar durante las mañanas por la costanera, antes de trabajar. A veces no se bañaba ni se aplicaba desodorante y realmente pateaba. Quizás era así por haber vivido tanto tiempo solo, aunque él podría decir lo mismo de Jean y una vez se lo hizo recordar un cliente cuando le vendía frutas: Negro, pateas a sobaco. Y, en consecuencia, Jean comenzó a ponerse desodorante sagradamente, por un asunto de aceptación. A veces se acicalaba pensando en que la pecosa lo vería y se acercaría a saludarlo. Álex también comenzó a ocuparlo y el padre les dijo que por ponerse desodorante se habían chilenezado. No le entiendo, le dijo Álex. Háblame más fuerte, le exigió. Le respondió que en Tumaco ningún hombre se preocupaba de usar desodorante y no por eso eran hediondos. Utilizar perfume y desodorante, por lo menos para el padre, era cosa de maricas. A veces, con una cerveza en la mano y diez circulando por su cuerpo, estaba allá, en Tumaco, en la selva, peleando o jugando fútbol con el viejo Willy. Sus hijos estaban cansados de verlo borracho imponiendo su retrograda visión de mundo.

En el momento en que Lau se duchaba, Jean también se quedaba a cargo de la caseta. Las primeras veces el colomba revisó los recovecos por santa curiosidad. Una vez, en un cajón, descubrió una pequeña caja fuerte con el dinero que le pagaban a Lau por los gastos comunes. Jean imaginó varios billetes dentro de la cajita, billetes que le podrían servir mucho, y la disyuntiva fue la de todo ladrón: arrancar rápido. Saber que lo dejaban a cargo del cubículo con la

cajita de lata adentro, el televisor pequeño con la radio y una serie de llaves que seguro conducían a bodegas llenas, lo hacía sentirse el doble de bien, aunque no sabía si Lau lo probaba o confiaba realmente en él. Siempre creyó en lo último, pues parecía descuidado y lo confirmó cuando descubrió una pistola. Encontrar una en Chile no era lo mismo que hacerlo en Colombia donde, a diferencia de este país, había más fierros que tarjetas de crédito. Tumaco era como una caja musical de armas.

Lau le contaba que jugaba al básquetbol en un club senior con el raro nombre de Cexaec. Era su única actividad social e incentivaba al grone para que fuera a probarse al equipo: era alto, fuerte y negro, repetía con el convencimiento de un entrenador. Para llegar a tal conclusión pensó en algún jugador de la NBA, supuso Jean, pues una vez le dijo que se parecía al Canguro Drexler. Revisó sus fotos en Google y vio que mantenía una lejana similitud. Según el conserje la cara de canguro lo hacía más amigable; al menos lo hacía parecer un negro simpático y confiable.

Había antofagastinos que, en el mejor de los casos, proyectaban a los colombianos como futbolistas; otros como basquetbolistas de la NBA, como era su caso; y otros les sonsacaban el mito, o eso querían creer, del pene enorme. Eran percepciones absurdas pero positivas. La idea del negro súper dotado a Jean le gustaba, lo hacía sentirse superior a los chilenos, aunque en la práctica el suyo fuera solo un poco más grande de lo normal. Álex sí que había salido dotado, como si todo lo bueno para los deportes y el sexo recayera en él. Los padres lo debieron fabricar con más cariño, ya estaban juntos cuando sucedió, quizás vivían su mejor momento de relación; lo de Jean había sido un descuido, al comienzo de su amorío. Era estúpido pensar que su pene era más pequeño por esa situación, pero a veces Jean se detenía a cavilar cosas estúpidas.

Manuel Lau parecía buena persona y sabía cómo entablar una conversación. Entendía a los otros a pesar de que nadie se acercara a conversar con él. Los habitantes del condominio, que se sentían más seguros y cómodos buscando el diálogo con sus iguales, se lo perdían. Lau era uno de esos que llegaban a la casa a encender el televisor y a sentarse hasta que lo doblegara el sueño. Era fácil imaginarlo esparcido en el sillón alrededor de sus cachureos salitreros. Necesitaba cuidarlos, tener algo que proteger.

Nunca hablaba de familia ni de hijos. Había dedicado parte de su vida a cuidar cosas ajenas, exceptuando la ex oficina salitrera Chacabuco, que pertenecía a la historia de los chilenos, decía él mismo con cierta expresión de ternura, como quien explica a un extranjero que no tiene la más puta idea de este país. Y en efecto Jean no sabía mucho, pero le interesaba aprender. A diferencia de sus padres, sabía que no regresaría a Colombia y había hallado en Lau a su perfecto profesor de historia de Chile.

Así aprendió que Chacabuco había sido un campo de prisioneros en la época de la dictadura, al más puro estilo nazi, según le dijo su profesor. También le explicó que Pinochet había llegado a poner orden al país, en medio de una guerra civil en ciernes, pero había matado a muchas personas, por eso el odio que provocaba su nombre, un odio eterno que se transmitiría por

generaciones. Jean, a quien le gustaba jugar a la guerra, imaginó la doble alambrada electrificada, la torre de vigilancia con ametralladora punto 30, los reflectores de luz alrededor de un campo minado y un tanque. Todo el pastel en medio del desierto más seco del mundo. ¿Hacia dónde se iban a escapar esos pobres huevones? Sin agua y sin alimentación no tenían alternativa, le dijo Lau. Una noche vimos unas luces en el cielo. ¿Un ovni?, preguntó Jean, quien anhelaba ver alguno. Estuvo unos minutos sobre el campamento, dijo Lau, y se fue. Pensamos que era un avión soviético o cubano que venía a atacarnos y casi le disparamos. Debió ser un avión gringo espía o quizás uno soviético. No hacía ruido. Parecía una medusa luminosa. En esos tiempos, nadie tenía claro quiénes eran los buenos o los malos, dijo Lau.

Otro día le contó sobre la Guerra del Pacífico. Tras la charla, el entusiasta Jean quedó con la sensación de que los chilenos, de puro codiciosos que eran, habían actuado de manera expansionista, y que los bolivianos realmente tenían derecho al mar. También le habló sobre la explotación del salitre y del cobre en la región, y Jean comprendió por qué Antofagasta era tan importante para la economía de Chile, aunque gran parte de la riqueza, dijo Lau, un hombre decepcionado de su propio país, se iba a Santiago o a Australia, donde vivían los dueños de las minas privadas.

Con orgullo le contaba, como si fuera el protector de algún sitio arqueológico, que en el tiempo que estuvo en la salitrera de Chacabuco como guardia contribuyó a detener el saqueo y a proteger la ciudadela de latón oxidado. Ahuyentaba con métodos peculiares a todos quienes iban con el propósito de dismantelar lo poco que quedaba del pino oregón. Coleccionistas de la dictadura de Pinochet, que habían aparecido por montones en el último tiempo, buscaban hasta los casquillos de balas. Otros, decía, estaban obsesionados con hallar cadáveres donde no los había y en Chacabuco, aclaraba cortando el aire con las manos en forma de aspas y como testigo de esa historia, los milicos no mataron a nadie, a ningún comunista. Lau lo decía con firmeza pues quedó prendado de la salitrera cuando estuvo detrás de la ametralladora punto 30, en su época de conscripto.

Para espantar a los piratas, el ex milico de Pinochet utilizaba una serie de trucos y el más práctico, sin duda, era el de provocar sonidos extraños. Los piratas se recagaban de miedo y si regresaban lo hacían por breves minutos. Tenía repertorio: sombras de la Llorona —el fantasma favorito de ese desierto— si los piratas exploraban en las ruinas del pueblo; el fantasma de la ópera —un par de teclas del piano movidas por un alambre— si los piratas se movían por el viejo teatro; o las piedras bien dirigidas —lo más práctico— que volaban de la nada y hacían sonar con golpes a las latas. Al final, decía, los fantasmas, los reales, los que habían quedado de la época dorada del salitre, lo respetaban y lo dejaban dormir tranquilo.

Una vez, Lau le mostró unas fotos en el celular de su pequeño museo de objetos recogidos en las salitreras. Había juguetes como camioncitos de latas, fotos antiguas de desfiles y niños jugando en la plaza, aparatosos objetos oxidados que no se podían distinguir y que parecían

sacados de un cuarto de máquinas. Y alambres de púas. ¿Y estos, usted para qué los conserva?, le preguntó el colomba. Me entretengo haciendo esculturas con ellos. Jean imaginó que Lau tenía fondeada la metralleta punto 30 debajo de la cama, rodeada de alambres de púas.

Él, Lau, estaba ahí para defender el patrimonio histórico y la memoria del país, y eso lo reafirmaba con el ímpetu de un elegido. El conserje, que una vez expulsó a Jean por asomarse por la muralla y a quien en algún momento casi le llegó un piedrazo nocturno de esos que lanzaba Jean con sus hermanos por pura y simple diversión, estaba hecho para ser un guardián, como quien nace para ser un grone. Si hubiera podido, habría hecho una carrera militar, pero no soportó ver el calvario por el que pasaban los presos políticos en esos días y del que era parte como celador. Acató órdenes, como un perrito obediente, hasta que desistió, silenciosamente, por su propia seguridad.

Los hermanos Parrada rebotaban de placer cuando veían las piedras cruzar el muro y las sentían caer como proyectiles sobre los techos del condominio. Esto marcaba su pequeña venganza por el pisoteo social al que estaban —y estarían— expuestos. Luego salían en vuelo hasta sus casas y se escondían en el patio de las chatarras con una sonrisa en el rostro. Probablemente el mismo Lau llamaba a los pacos, que tardaban una media hora en llegar al barrio para patrullar como un saludo a la bandera, porque creían que se mataban entre ellos mismos o bien los mataba la pasturri, y eso era bastante más efectivo y más barato que la represión; a la larga, esa deducción de los pacos era positiva porque no molestaban ni se llevaban detenido a nadie. Con Los Lulas tampoco se metían porque con ellos había que trabajar y los pacos no querían trabajar. La PDI, en cambio, infundía más respeto. Cuando aparecían los Monteros con sirenas azules, era por algo grande. Eran ellos los que se llevaban a Kevin.

Tres veces los colombas bombardearon a piedrazos el condominio: la última vez lo hicieron medio borrachos, después de beber un agua ardiente con Pap que se le quedó a don Lino. Lau le preguntó si conocía al hueón que hacía la maldad y Jean se encogió de hombros. En ese entonces ignoraba que el conserje mantenía guardado un fierro y que podía utilizarlo en cualquier momento. Nunca más volvieron a hacerlo pues de a poco Jean le fue agarrando cariño a esa gente, a sus vecinos.

Lau contaba que en la oficina salitrera tenía mucho tiempo para leer, pues no había electricidad ni menos televisión. Cada libro y cada revista se convertían en sus amigos, en mujeres que iban brotando de las páginas como espectros y se colaban por los recovecos solitarios de la salitrera, golpeando las calaminas con sus diálogos y sus relaciones sexuales. Había mucho tiempo para el onanismo y muchas maneras de experimentar con tanta soledad. Había hojas amarillas, pegadas, de la revista *Bravo*, esparcidas por el viento.

Lau leía hasta los avisos económicos de los diarios y revistas que compraba en una mal abastecida feria de libros usados ubicada en el centro de Antofagasta, y así, en un aviso de diario, leyó sobre la figura de loza de un Buda que vendía un chino de un restorán. Compró el Buda y lo

trasladó a la salitrera con la idea de concentrar sus pensamientos en él y meditar hasta perder el sentido del tiempo. El abuelo de Lau, un hijo de inmigrantes chinos, solía meditar frente a un Buda pequeño. Sus parientes, entre burlas, lo tildaban de chino flojo. El abuelo aclaraba que buscaba sabiduría. La imagen del viejo meditando siempre impresionó a Lau. Los padres de su abuelo habían sido emigrantes chinos antes de la guerra del guano, y habían terminado como esclavos en una guanera al sur de Iquique conocida como Pabellón de Pica, cuando Tarapacá era de Perú. El abuelo le había explicado a Lau que la contemplación ponía la mente en blanco y aliviaba el dolor interno, calmaba y hacía libre. Esa idea nunca se fugó de la cabeza de Lau y en la salitrera, donde tenía todo el tiempo del mundo para atormentarse, se hacía necesario y por eso había buscado la figura entre la chatarra, en la misma salitrera, en el cielo estrellado, en hoyos que cavó, hasta que años después la halló en la hoja de papel del diario. Cuando se iba al desierto pasaba horas frente al Buda.

Lau incentivó a Jean a leer revistas viejas de política para saber dónde estaba parado, un país desigual, decía, y lo hacía comparar el condominio con las casas donde él vivía. La tranquilidad de tantos años de soledad le hacía buscar una razón para tanta injusticia. Jean le contaba que su familia se había salvado de la muerte en la Colombia de las guerrillas. Y que cualquier cosa, incluso esa, y apuntaba adonde comenzaba el camino marcado por las lavadoras viejas que conducía hasta su casa, era mejor y más seguro que vivir en su país; bastaría un par de días en Tumaco para que lo entendiera, decía Jean. El conserje lo miraba con recelo, aunque sabía que Jean venía del infierno.

Lau también leía viejas revistas de fútbol como *Deporte Total* o *Estadio*. Las mantenía apiladas a un costado de la caseta de trabajo y su origen era el mismo, la feria de libros usados. Lau le pasó una donde en la portada aparecía la foto de un partido de una Copa Libertadores de los años ochenta, entre Cobreloa y América de Cali. Le habló de lo extraordinario que era el equipo colombiano, pero había tenido el infortunio de perder tres finales seguidas. Lau era el único chileno que recordaba a Willington Ortiz y el gran América de Cali de los ochenta, el equipo de don Lino y de Miguel Rodríguez Orejuela, el capo del Cartel de Cali. Sepa usted que mi padre jugó con Willington Ortiz, le dijo Jean con orgullo. Y yo jugué con el Matador Salas, le respondió entre risas.

Le enseñó qué poderes estaban detrás del fútbol. Luego siguió con los poderes detrás de los medios de comunicación. Lau se había convertido con el tiempo en un incrédulo y en un inconformista. Se entretenía armando conspiraciones, cuál más siniestra, pues al final, como en las historietas, decía, eran unos cuantos gánsteres millonarios los que esclavizaban el mundo; y terminaba culpando a los judíos de todos los dramas del planeta. Era ahí cuando le salía el perfecto nazi que llevaba adentro.

El conserje introdujo al colombiano en la literatura de aventuras y de conspiraciones. Ese afán fue creciendo con el tiempo y desembarcó en una auténtica curiosidad por los libros. Jean leyó

desde *El código Da Vinci* hasta *Moby Dick*. Comenzó con libros prestados y después él mismo fue a comprar a las ferias. Algunos vendedores se sorprendían y hasta reían al ver a un colombiano joven interesado en libros. Nunca habían visto a un colombiano de Antofagasta leer. Preferían quedarse con la caricatura del rumbero. Uno de esos librereros, un anciano de cuerpo frágil como un ave vieja, barba blanca, moreno y de ojos pequeños como dos aceitunas de Azapa, le regaló un libro con sus poemas confeccionado por él mismo. Le dijo tome, léalo. *Los versos del tipógrafo huraño*, se llamaba.

Jean siempre veía al viejo poeta y lo saludaba, hasta que una vez se atrevió a mostrarle unos poemas que le escribió a Patty, que más bien parecían la letra de un reguetón. El viejo lo miró, leyó con tranquilidad —mientras Jean encrespaba sus manos— y le dijo que existían muchas maneras de decir amor; luego, porque el chico era colombiano, comentó que cualquier ciudad latinoamericana podría ser Macondo. Jean, entre risas y como jugando, le respondió al viejo que esto era Antofalombia, su Macondo desértico.

Una tarde, cuando bajaba desde la casa hacia el condominio a realizar un trabajo de jardinería, vio las zapatillas Nike del amigo de Patty colgadas en el cable de electricidad. Sintió una especie de orgasmo que le duró hasta que llegó al condominio.



Un día apareció un buscatalentos de fútbol, un señor chileno con acento argentino, de unos cincuenta años, grueso, de nariz delgada. Parecía serio por su manera de referirse a las personas del negocio. Vestía como empresario argentino del rubro: camiseta de la marca de polo La Martina y una gruesa cadena de oro donde colgaba la virgen de Guadalupe. Le dijo a don Lino, quien quedó fascinado con el oro, que tenía contactos con clubes chilenos de la Primera División, como el Palestino y el Santiago Morning, y que podía recomendar a Álex, siempre y cuando lo dejara manejar a su hijo. En otras palabras, debía vender a Álex como si fuera un esclavo porque hasta ese momento él era el dueño del pase. El padre no tenía ni puta idea de qué era esto del pase, pero el buscatalentos lo convenció y reforzó que como colombiano e inmigrante perdía seriedad para negociar él mismo. Con todo respeto, pero nadie valorará a alguien como usted, le dijo a don Lino, quien por unos segundos perdió el hilo de la conversación con un silencio de molestia. El hábil buscatalentos de inmediato se percató, e invitó al colombiano a servirse una parrillada en el restorán El Arriero, en el centro de Antofagasta. Estuvieron varias horas comiendo, bebiendo, negociando y escuchando la música de un piano tocado a dos manos por los hermanos Guerra. Más tarde fueron a un topless, el Chikas Bar, en calle Condell, donde el hombre hizo gala de todo su manejo para beber y manosear a dos chicas paraguayas sin pagar ningún peso pues conocía el regente del local.

El fútbol chileno estaba lleno de lobos, decía, Álex era un diamante en bruto y en consecuencia él podría hacerse cargo de la negociación, porque era un lobo viejo de los que sabían hacerla. Fanfarroneaba que era amigo de la PDI, de los políticos, del alcalde y de los periodistas. El asunto consistía en retirarlo de la escuela por un mes, pagarle pasajes en avión a Santiago y un buen alojamiento para que su hijo se probara un par de semanas en el Club Palestino.

Don Lino quedó maravillado.

La invitación a El Arriero y al topless se produjo después de un partido en una cancha con pasto sintético, la de mejor calidad del sector, la del club de los evangélicos llamado Antofalombia FC, una cancha privada —las multicanchas que entregaba el gobierno duraban algunos meses con la ornamentación, después se transformaban en ruinas— donde Álex entrenaba pues ese club acogía a hijos de inmigrantes y era el único que ensalzaba a los niños con balones nuevos, ducha caliente y un entrenador que había sido ex jugador profesional, y todo gratis: lo único que pedían era algo así como entregar el alma a Jesucristo. Para jugar en ese equipo había

que aceptar a Jesús como el único salvador. Esos evangélicos, que se hacían llamar cristianos, se ganaban las almas de los inmigrantes y hasta les buscaban trabajo, porque un evangélico, decían, era más confiable que cualquier otro. Después, el 10% del sueldo, el famoso diezmo que salía en la Biblia, iba a la arcas del pastor, cuyos bienes crecían por la bendición de Dios. La iglesia funcionaba como una bolsa laboral de albañiles, garzones y nanas. Todos ganaban. Era simple. Álex creyó en Jesús de inmediato.

Los evangélicos, que se habían propuesto cambiar el barrio, la ciudad y el mundo —y trabajaban duro para eso— también exigían a los jóvenes como Álex llegar vírgenes al matrimonio.

El buscatalentos no tenía ninguna relación con ellos. Junto a él había otros de la misma estirpe en las graderías para observar y grabar a los chicos jugando, con la ilusión de hallar al nuevo Vidal. Álex era el goleador de las pichangas playeras, pero en el Antofalombia FC otro chico colombiano ocupaba su puesto. Lo fueron probando en distintas posiciones y al final el profesor, así le llamaban al entrenador, lo ubicó adelante, para alegría del padre, que también estaba en las graderías. Álex no los defraudó y metió un gol. Le habían visto mejores, pero ese le sirvió para presentarse.

El padre era capaz de vender su alma, que no tenía remedio, a los evangélicos con tal de que ayudaran a su hijo a buscar un equipo; sin embargo prefirió el fast track del señor diablo, quien le contó la historia más bonita y más rápida en la mejor noche que había pasado don Lino en Antofagasta. El camino a la fama ya estaba armado en su imaginación. Le brillaban los ojos como las perlas más grandes halladas en Tumaco cuando imaginaba a Álex con la camiseta del Real Madrid, y a él mismo bebiendo entre las mejores topleras rusas y húngaras de Madrid.

Si le iba mal con los clubes, buscaría otros hasta llegar a los de tercera división como el Municipal Mejillones o el Real San Joaquín. El éxito iba a depender de lo que hubiera dentro de la cabeza de Álex y de su carácter, le decía rápido el buscatalentos, como leyendo un manual. El padre, como si conociera bien y hablara seguido con su hijo, no dudó de que Álex jamás caería en tentaciones. No era liviano de casco y había aceptado a Cristo como su salvador, lo que lo tendría fuera de la rumba. El padre, como era de esperar, se equivocó: no era Álex el de casco liviano, sino él mismo al confiar el destino de su hijo máspreciado a un pelafustán mercader de niños futbolistas. Culpemos a la desesperación del momento. Ya al venir a Chile habían sorteado la posibilidad de morir en cualquier momento; ahora Parrada vislumbraba la tranquilidad que podían proveerles los pies de oro de Álex.

El responsable de que Álex se mantuviera como titular y goleador del equipo de los colombianos evangélicos, en una liga de fútbol amateur de Antofagasta y no en Santiago Morning o Palestino, como lo deseaba su padre, fue ese sinvergüenza a cargo del pase, pues lo dejó botado a las dos

semanas. Nunca fue al Palestino, sino que a Santiago Morning. Lo probaron y lo hizo bien, a pesar de la lluvia, la cancha de barro, las patadas y del entrenador, al que le decían Clavito y quien le dijo, antes de jugar, que los negros no servían para el fútbol chileno porque se cagaban de frío en el invierno. Al final, como premio de consuelo, quedaron de llamarlo y le recomendaron que siguiera entrenando fuerte en Antofagasta. Fue en esos días, mientras esperaba una nueva posibilidad en algún otro club como el Real San Joaquín en Santiago, cuando no supo más del buscatalentos. En la residencial, ubicada en la avenida San Pablo, cerca de un metro, quedó abandonado. Pasaron los días. Álex, a la espera de la llamada, se entretenía imaginando figuras en la paredes descascaradas por la humedad. No tenía televisión. Le fueron a cobrar y al ver que no tenía dinero ni cocaína para defecar —lo dijeron en serio, porque el señor buscatalentos también llegaba con bolivianos con indigestión—, lo denunciaron a la PDI, que revisó los antecedentes y por suerte lo liberaron, pero le preguntaron por qué razón un menor de edad extranjero andaba a cargo de un desconocido con antecedentes policiales en Argentina y Paraguay por trata de blancas. Y así la PDI volvió a la casa y esta vez irrumpió con fuerza, sin preguntar, como si los Parrada Castillo fuesen unos delincuentes colombianos, y un oficial preguntó qué mierda había en las cajas apiladas de atrás.

La madre, asustada por su hijo y por las cajas, les explicó que todo eso era de la Iglesia católica y les mostró un timbre del Padre Hurtado en una de las cajas. Insistió en que no era su casa, que no tenían casa, y que la Iglesia católica se las había prestado por un tiempo, pues no tenían dinero para arrendar una propia y nadie confiaría en ellos para arrendarles. Les dijo que eran una familia de colombianos que venían a trabajar honestamente a Chile, con una niña que vivía con una bala en su cabeza y que necesitaba ayuda urgente, de lo contrario podría morir. La madre lloraba.

Eyhi otra vez nos salvó, dijo la madre, después de ver la partida del vehículo de la PDI. ¿Nos salvó de qué? ¿De la muerte? ¿De la expulsión?, le preguntó Jean. Le molestaba ese afán de victimizarse de sus padres.

Las cajas aparecían y desaparecían cuando llegaba la camioneta Dodge Ram, sucia con tierra como si viniera de atravesar un camino de la frontera. La manejaba un hombre de cincuenta años que usaba lentes de sol y camisas apretadas de mezclilla. A veces, en otra Dodge Ram, venía una mujer, quizás su esposa, con un teñido de pelo de tono rubio siempre distinto y con acento paraguayo. Decían venir por encargo del dueño de la casa, pero ellos parecían serlo porque se llevaban la única cuenta que llegaba, la del agua. La madre abría el candado. Saludaban con frialdad, aunque el hombre era más cercano; alguna vez Jean lo vio bromear con su madre. Fueron unas sonrisas coquetas que quedaron en eso. A medida que pasaba el tiempo, la madre cruzaba más palabras con la pareja, como si planearan algo en conjunto. Ellos nunca se interesaron por los niños.

Las cajas estaban siempre bajo la protección de la madre. Hasta ese momento las mantenía

segura y contenía a don Lino, pues no le faltaban ganas de llevarse alguna, descubrir qué había en su interior, venderlo, desaparecer y reaparecer como lo hacía en Colombia. Lo que hacía en esos periodos era un misterio para esas otras vidas, su familia. No había que hacer muchas preguntas si es que traía dinero: esa era la orden.

La madre le dijo a don Lino que esas cajas eran de Dios, y si usted las toca hasta ahí no más le llegará su buena suerte.

La separación de los padres tuvo que ver con las cajas. Ni Eyhi pudo salvar esa relación, que hace tiempo estaba moribunda. Antes de partir, varias veces la familia de la madre había amenazado a don Lino: si golpeaba otra vez a su mujer le meterían plomo. En Chile no gozaba de esa protección, pero sí tenía la de sus hijos, que no estaban dispuestos a permitir que el padre siguiera golpeándola.

Una noche de otoño, cuando el padre ya se había ido, llegaron las Dodge Ram. Golpearon la puerta. La pareja habló con la madre. Pasaron y revisaron la bodega con minuciosidad, como si hicieran un inventario. Contaron. Faltaba una caja.

Le pidieron explicaciones. En un momento, Jean pensó que los botarían de la casa, porque el hombre estaba ofuscado. Se le fue pasando la rabia a medida que la madre le daba explicaciones y la rubia lo calmaba. La pérdida de una caja estaba dentro de las posibilidades. La madre, nerviosa, insistía en que eran buenas personas y culpaba al barrio. Tal vez algún vecino había entrado en el momento en que dejaban la puerta abierta para cocer las papas. En adelante, ella misma llevaría un inventario. El hombre se calmó, pero insistió en que avisaría a la oficina de inmigraciones de la Iglesia, y ellos determinarían qué hacer.

De un día para otro, la familia podía quedarse en la calle. La pareja partió en las camionetas cargadas con cajas y la madre decidió que don Lino no volvería a entrar a la casa.

El padre no llegó hasta bastante tiempo después, casi al llegar el próximo verano, en octubre, con dos pitbulls semidesnutridos, borracho y gritando que mataría al maldito buscatalentos del que ni siquiera sabía su nombre.

Si usted quiere saber qué hacía el señor Parrada en su ausencia, aquí le entregaré algunos detalles.

Una buena tarde de sol, de esas que entibian la sangre y secan la garganta, a partir de una conversación con el Negro Buenaventura, al que llamaremos cómplice —también desapareció por seis meses; quienes lo extrañaron pensaron que se había encontrado con los Tirolocos de Cali que ya exportaban sus guerrillas a otros destinos—, don Lino desarrolló el plan. Fue justo después de que Álex llegara de regreso de Santiago y sepultara toda posibilidad de esfumarse con el dinero del fichaje de su hijo como jugador profesional de fútbol.

Don Lino aprovechó que la madre andaba con Eyhi de compras en el centro de Antofagasta, y procedió. El Negro Buenaventura le recibió la caja en la puerta. No era pesada. Ambos subieron rápido hasta la vulcanización y la dejaron ahí por un rato, en el fondo, detrás de unos neumáticos reventados. Bebieron unas cervezas Cristal en lata, contemplaron la caja e imaginaron todas las posibilidades. Una caja mágica, mi parcero, como la caja de Pandora. No. Una caja de Escobar. Tampoco. Imaginaron mucha tontería junta mientras bebían; por ejemplo, que al interior de la caja había un huevo, un huevo de caimán, de quirquincho o de algún animal de piel dura, de tipo prehistórico. Hasta que de una buena vez decidieron abrirla.

Contaron lentamente los billetes. Esperaban algo más: trescientos cincuenta mil pesos en billetes de mil y un par de adornos de navidad. Más dos bolsas con monedas de diez pesos. Cada una tenía la figura del Niño Jesús y contenía treinta mil pesos en monedas.

El Negro Buenaventura metió la caja con los billetes a un saco que parecía resistente. Con las bolsas de monedas jugaron un rato, como si fueran pelotas de béisbol. Los adornos navideños quedaron entre los neumáticos.

Pensaron en qué hacer con los billetes de mil pesos, que no podían ser falsos porque eran los más bajos. Si hubieran sido de cinco mil, el botín habría sido bastante mejor. Pensaron que tarde o temprano vendrían a buscar la plata y a vengar el robo; en sus cabezas colombianas de la guerrilla no cabía otra opción, los harían desaparecer. Aquí no consideraban a la policía chilena. Esos desvaríos pesimistas, llenos de cuchillos, taladros y motosierras fueron aumentando junto a las cervezas que el Negro Buenaventura iba a comprar con las monedas de diez pesos que tenían aburrido al dueño de la botillería. En un momento, a Buenaventura se le ocurrió cambiarlas a los micreros y llegó con dos billetes de diez mil.

Buenaventura sugirió la posibilidad de ir por otra caja. Don Lino comentó de inmediato que

pondrían en riesgo a su familia, que con una estaba bien. Nadie lo notaría por un momento, pues la madre no llevaba una contabilidad, solo se preocupaba de revisar las cajas con la vista. Pensaron en engañarlos, en dejar la caja con piedras, tal cual, en el lugar donde estaba antes; pero no lo hicieron.

Ambos hombres parecían sonrientes, como viejos cowboys con su pequeño botín. Cobijaban la esperanza de varios días de relajo —eran de los que soñaban con el Acapulco de las películas de Luis Miguel en alguna playa cercana como Mejillones, y lanzarse desde allí a la vida hasta que se acabara la plata.

En tres días se les acabó todo, monedas y billetes.

En el mismo delirio de las cervezas, pensando en qué hacer para multiplicar la plata rápido, surgió la idea de robar perros de raza en el condominio. Las mascotas salían a pasear casi siempre con mujeres y niños. Parecía fácil. Había que buscar compradores y ahí estaba la dificultad. El emprendimiento delincencial de los colombas con animales partió, a diferencia de lo planeado, con el involuntario rapto de una tortuga.

Don Lino y Buenaventura conocieron al gringo Schuart, un comerciante de basura conocido como El Ceo del vertedero de La Chimba, cuando les compró la tortuga que habían encontrado en la calle, en las afueras del condominio. Se decía que el gringo mantenía dinero enterrado.

Estaban de moda los animales exóticos entre los antofagastinos, y de vez en cuando podía verse a niños jugando con iguanas, hurones o serpientes albinas. El dueño de la tortuga de tierra era un comerciante de animales exóticos. Los padres del condominio comenzaban a tener ciertas sospechas porque su casa era la preferida de todos los niños y pensaron que utilizaba a los animales para atraerlos.

El hombre, al que llamaban tío Lalo, se desesperó cuando comprobó que la tortuga se había perdido. Pepita tenía alrededor de cincuenta años, era cinco años más vieja que su dueño. La tortuga había inspirado su exitoso negocio, que justamente se llamaba Pepita, Animales Exóticos.

Puso un aviso en las puertas del condominio: «Se me perdió mi amada tortuga Pepita. Cualquier información sobre su paradero a este número: 99856929. Pago recompensa».

Los niños se organizaron para encontrar al reptil. Dieron vueltas por el condominio a pie y en bicicleta. Fueron dos tardes. Ninguno la encontró. Pepita se había hecho humo, para desgracia del tío Lalo.

Los colombas avanzaron hacia el vertedero en el carretón de la fruta, lentamente, con el animal en una bolsa de basura. Unos chicos que no tenían dinero para ocupar sus dedos en un smartphone jugaron lanzándoles piedras. Apuraron el paso.

La bolsa quedó dispuesta al lado de un recipiente con fruta podrida. Allí, adentro, Pepita parecía tranquila, con la cabeza escondida en su caparazón. En un momento, la pareja de colombianos se detuvo y revisó. No había movimiento. Nada. Buenaventura sacó un fierro y con este, por uno de los orificios, Parrada palpó al animal. Lo golpeó dos veces, tres, do, re, mi... Serviría para un instrumento musical, dijo don Lino, sonriente. El Negro Buenaventura, con los brazos en jarra, aprobó con un movimiento de cabeza la música. Bonito, man, le dijo. Por suerte el bicho se movió. Vivo valía dinero. Pasaron frente a unas casas iguales de color damasco, luego entre unos patios de chatarra industrial, hasta llegar a unos rucos habitados por pastaberos. La criatura se movía con el ladrido de los perros, cada vez más hambrientos y más salvajes, como unas hienas. Buenaventura los espantaba con el fierro. Salgan, chandosos, maricas, gritaba sudado el negro.

Llegaron a destino. Había basura apilada por todos los flancos. Montículos de mugre variopinta. Un esperpento humano surgió desde la basura. Los detuvo, les sonrió con amabilidad y los invitó; apareció otro. Uno de los drogadictos calmó a los perros. Llegó otro man como olfateando lo que venía. Podríamos decir que era la tribu de los desechos de la ciudad minera. Llamémosle, los Schuart, en honor al gringo mormón que la fundó y organizó. Ellos no tenían que emigrar para sobrevivir. Construían sus chozas y desarrollaban una vida en comunidad con ciertas reglas impuestas por el gringo como la prohibición de pelear, discutir y la obligación de ordenar la basura y alimentar a los perros. El gringo recibía dinero de la municipalidad por mantener a esas personas que nadie quería ver en la ciudad. Los Schuart, en tanto, no deseaban contactarse con la ciudad de la que formaron parte. La tierra del vertedero mutaba habitualmente y abría siempre nuevos caminos para descubrir.

Gritaron con la voz ronca el nombre del personaje. El gringo apareció detrás de unos perros obesos que parecían hipopótamos pequeños y los saludó.

Bienvenidos, amigos inmigrantes colombianos, les saludó Schuart con ironía. Ambos lo miraron extrañados. Es la primera vez que vienen dos colombianos a venderme algún cachivache, sean bienvenidos. Tomó el hombro de Buenaventura y siguió: ¿Sabes cuál es la diferencia entre un inmigrante y un extranjero en este país? Los dos hombres negaron con la cabeza. Continuó: Para estos chilenos que se creen lo mejor de Sudamérica, siempre seré un extranjero como todos los gringos rubios de los Estados Unidos de América y podré conseguir cosas solo con mi nacionalidad, a pesar de que viva en la basura; en cambio a ustedes siempre les llamarán los inmigrantes negritos de Colombia, pasarán generaciones y generaciones siendo los inmigrantes negritos de Colombia.

Schuart sonrió y continuó: Los perros, a pesar de sus razas y clasificaciones, siempre serán perros. Unos tendrán mejor suerte que otros. Yo los prefiero libres.

El ermitaño era un ex misionero mormón que llegó joven desde Portland, a mediados de los noventa, y se había enamorado de los perros del desierto, decía él mismo. Podía considerarse el rey del sector. Dormía a un costado de un viejo avión Vampire, dado de baja por la Fach, y que estaba semienterrado después de adornar la entrada de la base aérea de Cerro Moreno. Jim Schuart era de cutis duro y reseco, tenía unos opacos ojos azules y dientes pequeños como los de un pez. Era alto —más de un metro noventa— y delgado. Vestía una camisa con el símbolo de la minera BHP Billiton en la solapa, pues le patrocinó un proyecto de reciclaje de basura y quedó agradecido para siempre. A ratos sus palabras terminaban en un lamento pero su estado de ánimo cambiaba rápido. Decía en spanglish que Dios le entregó la posibilidad de vivir y compartir con los canes y no lo habían defraudado, a diferencia de los humanos que no tenían remedio, pero aun así les tenía compasión. Los drogadictos morían en paz a su lado junto a sus perros. En Antofagasta había encontrado a los más leales del mundo.

Su amplio terreno estaba cubierto en cada flanco por sus vigilantes. En un vértice vivían los



pastabaseros. Sagradamente a mediodía, Jim, el CEO, alimentaba a sus canes y leía el libro del mormón. Más tarde, con el dinero que recibía del municipio, alimentaba a los pastabaseros, quienes no tenían el privilegio de escuchar la lectura del libro porque el gringo no los consideraba capaces de entender.

El hombre se abrió la camisa y mostró a los negros un manajo de crucifijos y figuras de la virgen; todos los había conseguido hurgando en la basura. Uno de estos brilla en la noche y guía mi camino, dijo. Se sentía especial porque alguna vez había hablado con Joseph Smith encarnado en la figura de un perro. Y les dijo a los colombas que Dios, el mismo Dios que se le presentó como otra de sus mascotas, le dio la posibilidad de entregar amor a los animales.

El semblante del gringo se enterneció cuando le mostraron a Pepita. Era una rareza hallar a un animal de esas características. Bajo el caparazón podría estar otra vez Joseph Smith. El gringo imaginaba que en cada animal podía habitar su espíritu. Miró al cielo, nublado, y guardó un silencio de dos minutos. Caminó. Les pidió a los colombianos que esperaran. Buscó entre sus cosas algo que ofrecerles.

Los hombres negaban con su cabeza a cada ofrecimiento, hasta que el mormón les mostró dos motos. Eran un golpe a su memoria emotiva: recordaron los días de su juventud en sus pueblos colombianos.

Era un gol del ermitaño.

Jim les cambió la tortuga y el carretón por algo de dinero y por las dos motocicletas pequeñas, alguna vez utilizadas por unos enanos del viejo circo Frankfort de Fieras, y que aún funcionaban gracias a un mecánico pastabasero. El CEO les propuso comprarles más animales si se los llevaban. Y si lo necesitaran, les dijo, podrían permanecer en su terreno por un tiempo, pero bajo sus reglas.

Los dos negros viejos regresaron a Antofagasta con el propósito de robar perros pequeños como chihuahuas, yorkshire y schnauzer miniatura en sus motos, máquinas que, como era de suponer, fallaron al primer intento. El *panne* no fue obstáculo, sin embargo, para secuestrar perros y cobrar recompensa. Podían ganar más dinero de esa manera que con los trueques que ofrecía el gringo del vertedero.

El nombre del perro del profesor Farandato no era muy original. Se llamaba Halford, por el cantante de Judas Priest, y era un schnauzer miniatura algo viejo, de unos seis años, enfermo de úlcera al momento del secuestro.

A Farandato le gustaba pensar que las enfermedades de Halford eran efecto de su regaloneo, a veces obsesivo. Se le hacía necesario cuidar a su mascota como a un hijo único, y si fuera por él no lo sacaría a la calle ni siquiera en verano. El veterinario le advirtió que su perro debía tomar aire y caminar. Lo paseaba abrigado con una coqueta ropita que él mismo tejía a crochet, o que compraba en Santiago en una boutique exclusiva para perros rockeros. El perro dormía con él y con un cojín que emulaba el pelaje de un dálmata. Desde el techo, sobre su cama, caía justo al medio un esqueleto de goma de tono flúor que parecía exprimido de la imaginería de Tim Burton, uno de sus directores de cine favoritos, y que Halford cuando cachorro quería alcanzar dando saltitos sobre la cama. Al costado había un equipo de música y al frente estaba el mueble donde reposaba el magnífico televisor de 28 pulgadas Sony destinado a las películas y conciertos de rock que tanto le gustaban a Farandato y que le habían dado un respetable nombre en la ciudad como comentarista de rock y cine en diferentes medios. Farandato nunca cobraba por sus comentarios y por eso lo llamaban tanto.

No sabía cuántas películas cobijaba en su colección. Estaban dispuestas en un estante metálico por orden alfabético según el nombre del director. Las ocupaba para los ciclos de cine; la mayoría eran importadas y había varios millones de pesos en la colección. Farandato compartía con un par de amigos su pasión por las películas. Les llamaban el club de los seis y se habían formado en los ochenta y noventa en Antofagasta, cuando la ciudad solo tenía un roñoso cine que daba películas comerciales, y ellos, los tres, comenzaron a traer filmes de arte. Así formaron un público en ese desierto que saboreaba a directores tan diversos como David Lynch, Spike Lee o Gus Van Sant.

Farandato había sido algo así como un gurú de muchos jóvenes, pero de a poco se fue quedando solo, preso de sus obsesiones —a veces no asomaba la cabeza en varios días— y también porque no era capaz de controlar sus ganas de seducir. Así vio en la inmigración una oportunidad de amar y enseñar cine. Era asunto de esperar el momento —con el tiempo y después de tantos hierros había cultivado la paciencia— de intimar con uno de esos jóvenes.

La primera vez que Jean fue a su casa, después de muchas conversaciones en el puesto de frutas que montaba Jean en las puertas del condominio, Farandato le mostró la colección de películas. El

joven le explicó que no era muy entendido en cine, que solo sabía de películas de extraterrestres. Farandato lo miró con ternura de padre, o de enamorado, y le dijo que no sabía de esas películas de marcianos, pero podían ver otras parecidas, muy buenas. Él iba a explicárselas y también iba a adiestrarlo en cine tres veces a la semana, con el propósito de que enseñara en algún taller para colombianos, de esos que cada tanto auspician las mineras. Le mostró la película de uno de sus maestros, David Lynch, *Carretera perdida* pero bastó media hora. A Jean le pareció inentendible a pesar de los esfuerzos de Farandato, a ratos exasperados. El profesor era impaciente cuando no le entendían. Supo de inmediato que se había equivocado. Siguió con un musical que al colomba le pareció soporífero, pero se quedó prendido en el empeño con que le decía que Gene Kelly era un gran actor, pues bailaba, cantaba, actuaba y amaba, y eso era un actor completo. Si Jean quería alguna vez ser un actor total debería cantar, bailar, actuar y amar, repetía con entusiasmo. El aliento de Farandato olía a naftalina para el joven.

Hicieron un alto con Gene Kelly cuando llegó la pizza. Mientras comían, Farandato —que picaba como pollo algunas aceitunas pues nunca tenía hambre— le confesó que siempre se había esforzado al máximo por ser un buen profesional e intelectual, pero le faltaba reconocimiento, quizás una distinción importante, y ese desinterés hacia su trabajo lo decepcionaba al punto de generarle problemas de salud. Había estado varios meses internado en un hospital por una enfermedad al intestino y desde entonces cuidaba mucho su alimentación que debía ser inmaculadamente sana. Después de que comenzó a visitarlo y se fueron conociendo, Farandato comenzó a comprar otras cosas al gusto del Jean, como chocolate, café, papas fritas y cerveza.

Un domingo quiso que lo acompañara al supermercado y el colomba aceptó de buenas a primeras. Ya habían visto dos películas de Lynch. La última fue inentendible, pero bella, decía Jean, no muy convencido —había que decirlo por el cine club de los inmigrantes y por las pizzas—; y en la otra, *Imperio*, había estado descifrando la aparición de la familia de los conejos por varias horas. Farandato, delirante, mientras le exhibía un filme tan extenso y complejo a un principiante, le iba explicando a Jean, a su lado, como si fuera el padre enseñándole con paciencia a manejar a su hijo. Reemplazaba a Halford en las atenciones.

Farandato tenía claro, desde que había desaparecido, que el perro no resistiría ni siquiera una noche a la intemperie y quizás en qué lugar se encontraba. Para él estaba muerto y ahora tenía a Jean como centro de sus atenciones.

Al salir, Lau le abrió la puerta del condominio a la pareja de amigos. Miró al joven y bajó la cabeza con una sonrisa cómplice, comida para el gato viejo. Lau era respetuoso y no le preguntó qué hacía en su casa. Una vez, Jean le dijo que le enseñaba cine y le contó sobre las extrañas películas de Lynch. Sin que preguntara nada, Lau comentó que Patty ya no estaba con el chico y

que había preguntado por él. Jean imaginó a la pecosa buscando al negrito frutero y eso le pareció poco creíble.

El auto de Farandato era cómodo y el motor sonaba como si pocas veces lo utilizara. Un Volkswagen Golf de finales de los noventa. En el tiempo que llevaba en la ciudad era la primera vez que Jean abordaba un auto que no fuera un taxi, aunque pocas veces anduvo en uno; se movilizaba en micro. Se notaba que a Farandato no le gustaba manejar. El auto parecía nuevo por dentro. Dijo que lo había comprado hacía siete años y lo sacaba solo para ir al supermercado. Al instituto, donde hacía clases, se iba en taxi colectivo pues pasaban a toda hora por la avenida Pedro Aguirre Cerda, casi ochocientos metros más abajo de la cápsula del condominio.

Jean nunca imaginó que Farandato fuera tan conocido en la ciudad, pero Antofagasta era pequeña, y el supermercado Jumbo norte era un centro social, especialmente un domingo a mediodía. Farandato parecía alegre, había dejado ese modo triste de la soledad de su casa, y con el colomba al lado en el supermercado parecía renovado, seguro, un hombre que disfrutaba su nueva vida. El supermercado estaba lleno. Los compradores se peleaban los costillares Súper Cerdo. Los carros estaban atiborrados de cerveza. Se veía a madres probando vestuario a sus hijos en los pasillos y un acuario enorme con langostas vivas de Juan Fernández. Los clientes luchaban por el pan caliente que cada quince minutos botaban los panaderos. Los guardias sospechaban de todos los que usaban la capucha del polerón y de quienes vestían con camisetas de Colo Colo, la U y el América de Cali. Había filas en el cajero automático. Filas en las cajas. Dos estudiantes llenaban las bolsas y se ganaban las monedas de los clientes.

Farandato, mientras caminaba por los pasillos del supermercado, bromeaba con las parejas entre chilenos maduros y jóvenes colombianas. Los chilenos con panza y sin mucho pelo parecían flotar, rejuvenecidos. Los galanes se jactaban, entre sus amigos, contando todos los atributos de las colombianas como si detallaran las bondades de un auto nuevo. Y ellas aprovechaban de llenar la casa de sus amantes con familiares que iban cayendo desde Colombia como goteras. Farandato por un rato había dejado de ser el crítico de cine, el amante del rock, el intelectual de Antofagasta, y había mutado en un burlesco chismoso. Jean también podía ser un bien ante los ojos de otros. A Farandato le daba lo mismo lo que opinaran de él, y hasta sacaba pecho ante el saludo de otros gays. El colomba parecía su nueva mascota y esa impresión tuvo cuando pasaron ante la muralla de sacos de comida para perros y el profesor le confesó que su presencia lo había hecho olvidar a Halford. Sin Jean habría sentido una profunda tristeza al pasar por aquel pasillo.

Farandato sacaba lo que necesitaba y el colomba lo cargaba en el carro. A ratos le preguntaba al joven si quería algo. Sus gustos no parecían caros y compraba la repetición de lo que pedía el joven. Una pata de jamón serrano fue lo último que Jean vertió en el abarrotado carro, ante la mirada dulce del profesor.

Jean notó que el profesor lo presentaba como su mejor alumno de cine. No era algo que le produjera problemas. Parecer el esclavo sexual podía ser el costo de la supervivencia, pensó

Jean, quizás Farandato sí lo pensaba, pero a final de cuentas al joven le satisfacía que una persona como el profesor recuperara su alegría después de su pérdida. Todo el tiempo en el supermercado Jean sintió las miradas examinadoras, hasta que la cajera, de manera imprudente, le dijo a Farandato que tuviera cuidado con el joven y hasta ahí llegó la buena onda, pues se indignó tanto que tuvo que venir uno de los gerentes a pedirles disculpas. El colomba miró al cielo y le dijo no te preocupes, estoy acostumbrado.

Jean lo lamentó por la cajera, una colombiana como él, pero blanca, que minutos más tarde debió haber perdido su trabajo. Mientras manejaba por la costanera, Farandato le afirmó que lo de la cajera había sido un saludo a la bandera, y que el gerente pensaba a la postre lo mismo que ella, que tú me quieres robar y eso no es cierto, mi negro, le dijo con una mano en la pierna de Jean, en señal de cariño. En la casa partieron el jamón serrano, bebieron vino y vieron *La guerra de los mundos*.

La noche del secuestro de Halford, Jean había estado de conserje en el condominio. Lau se encontraba en el baño. Farandato había llevado al perro a estirar las patitas y a olfatear sus rincones favoritos. No era habitual que lo sacara a pasear tan tarde por una cuestión de frío, pero el clima había cambiado, era una noche tibia. Eran las diez y media, después de los noticieros, cuando los últimos llegaban del trote en la costanera humedecida por la brisa marina. Después de las diez, un día de semana, solo salían y entraban autos del condominio.

El profesor llegó diciendo con pasmosa tranquilidad que dos negros colombianos gigantes — remarcó— se habían llevado a Halford. Lau sacó la pistola y corrió hacia la esquina. Más tarde confesó que vio a uno de los colombianos perderse en los callejones que conducían hacia el vertedero y donde, por miedo, casi nadie se introducía de noche.

También dijo que uno de los colombianos que le arrebató al perro, el más alto y que parecía más joven, le exigió su número de teléfono. Farandato se lo cantó y el otro debió memorizarlo porque no anotaron nada, y eso de que no anotaran desesperaba al profesor. No sabía si lo llamarían para pagar el rescate. Insistió en que al otro día movería todos sus contactos para encontrarlo. Haría una campaña por las redes sociales e iría a los diarios, televisión y radio. Jean le sugería que mejor se olvidara de Halford, que podía ser peor si intentaba tratar con esos maleantes y al final perdería plata. Jean imaginó que le enviarían el perro por partes, cortado, día a día a pedacitos.

En un momento de esa noche, Jean entendió que había comenzado a hablar como chileno y que sus preocupaciones y su propia vida estaban con los antofagastinos; comprendió que eso había sucedido sobre todo por el amor y la dedicación de Farandato. Quizás nunca había tenido la alegría de los colombas, esa que molestaba en este desierto.

Esa noche, Jean le preparó un whisky con hielo para que se tranquilizara. Farandato no estaba acostumbrado a beber. Dos whiskys con hielo fueron mucho para él. A los minutos, y con alcohol

en la cabeza, le pidió, por favor, que no lo abandonara, se sentía solo y triste. Jean le dijo que no se preocupara y se sacó los zapatos. Luego vieron *Alien resurrección*.

Después de que el padre desapareció, la madre y Eyhi casi no pasaban en la casa. A la madre le hacía bien la tranquilidad. Se lo pasaba en un salón de belleza, le arreglaba el pelo a las colombianas del sector y, en el último tiempo, a las chilenas, pues se había hecho rumor que los colombianos eran buenos peluqueros, los mejores de la ciudad, y sabían de belleza a bajo costo; con pocos pesos y adornos se exhibían en la calle ganándose miradas de deseo y envidia.

A las chilenas les intrigaba el culo de las colombianas y especulaban: esos pantalones eran especiales o las colombianas se adosaban cojines o les inyectaban silicona desde pequeñas. Algunas no podían aceptar que la naturaleza fuera más generosa en el Caribe. Aunque desde pequeñas a las colombianas las condicionaban para seducir, y el cuerpo era importante. Mami, desde chiquitica debe usar los pantalones en la cintura para que se le marque, le repetía la abuela de Jean a su madre, y su madre a Eyhi. Antofagasta —que ya mantenía una tradición machista por efecto de la minería, los faeneros buscaban la urgente atención de una mujer luego de una jornada laboral de 7x7, siete días abajo y otros siete en la mina— había sumado a su histórico ADN machista, la inmigración. Negocios con colombianas semidesnudas sirviendo schop en invierno y verano se dispersaron por las calles Condell y Sucre. Entre estos brillaba el Tucko Schop, donde los faeneros embobados por el alcohol y la calentura se gastaban el sueldo en una tarde con la esperanza de que alguna chica se fuera con ellos.

Las aduaneras chilenas requisaban los pantalones levantaculos a las colombianas con el que armaban su pequeño negocio al cruzar a Chile. A pesar del llanto y la desesperación, las aduaneras, de miradas secas como maniqués, ni se inmutaban y todo se iba a la basura porque las chilenas no tenían el pellejo ni la valentía para usarlos, decía la madre mientras arreglaba el pelo a una paisa recién llegada.

En el último tiempo, la madre se dividía entre la peluquería y los exámenes en el hospital Norte, también conocido como hospital de Los Arenales, para extraerle la bala a Eyhi, cuya operación ya tenía fecha: fines de diciembre. Faltaban varios trámites de por medio, como exigía el burocrático sistema de salud chileno para una niña inmigrante. Era como un regalo de navidad y resultaría gratis por el apoyo de unos médicos altruistas ecuatorianos de los que había muchos en Antofagasta, que se impresionaron con el caso —otra vez salió en el diario— y según sus cálculos la operación era más sencilla de lo que se había dicho en un principio en Colombia, pues la bala estaba alojada en una zona superficial de la cabeza. Si se hacían las cosas bien, no significaría

mayor trámite; Eyhi dejaría de ser la Niña Bala y con eso también dejaría de ser la fuente de esperanzas y buena suerte para la familia

Tocaba esperar la operación, el día y la hora, pues no había plata para adelantarla.

El hermano Álex —así lo llamaban entre los evangélicos— compartía el tiempo entre sus estudios en el liceo y la iglesia, que tenía el marquetero nombre «Jesús Te Llama». Conoció por entonces a una chica chilena en la iglesia y quería casarse, porque a los evangélicos les enseñaban que no podían tentarse si seguían así en la nada, y Dios bendecía el amor siempre y cuando fuera dentro del matrimonio. Los pololos estaban desesperados: imagínese a Álex controlando a ese monstruo que tenía entre sus piernas por obra y gracia de Dios.

Álex oraba con desesperación para que un club de fútbol profesional lo llamara; si tenía sexo con su polola, Diosito no lo ayudaría. En esa triste encrucijada pasaba los días hasta que un día de invierno se hizo el milagro. El mismo Clavito, de Santiago Morning, lo llamó. Negro, te vienes en primavera a jugar, para que no pases frío. Te haremos contrato, le dijo al teléfono. El joven virgen partió en octubre por segunda vez a Santiago, a comprobar que podía ser un profesional. Esta vez el proceso fue distinto. Alojó en una residencial cerca de la cancha de entrenamiento donde, por suerte, lo trataron como a un hijo porque la mami, así le decían los futbolistas, también era del culto evangélico. El Antofalombia FC lamentó su partida, pero se quedó con un dinero que pagó el Santiago Morning por derecho a formación.

Sinceramente, nadie se acordaba mucho de don Lino y nadie quería que regresara. A veces la madre lo recordaba para mal. Fue ella quien mandó a botar todos los cachivaches del padre. Viveca apoyó a la madre, se consiguió un camión que se llevó los cachureos y los vecinos dejaron de molestarse por los perros y bichos que habían proliferado entre los refrigeradores viejos.

Fue gracias al trabajo de la madre y al apoyo de Viveca que consiguieron tener luz eléctrica, agua y televisión por cable en la casa.

Las cajas seguían ahí, tal cual, sin molestar a nadie. El tanque también quedó ahí, sin molestar.

Y cuando todo iba bien, apareció de las tinieblas don Lino.



Don Lino no aguantó que la madre le botara sus cachivaches y, en consecuencia, porque cuando estaba lúcido los vigilaba con un catalejo como el pirata Silver, apareció una noche por la casa, después de casi seis meses de ausencia, cuando ya no era necesario ni hacía falta. Llegó con dos pitbulls viejos y flacos, y con el Negro Buenaventura que de lo delgado y roído parecía un zombi negro sacado de *Te Walking Dead*, o uno de esos árboles marchitos estacados a la fuerza por la municipalidad en las extensas avenidas de los arenales.

El padre, que había sobrevivido a muchas guerrillas y se jactaba de estar protegido por la bendición de un culto santero cubano al que adscribían los narcos, parecía estar viviendo su último cuarto de hora. Estaba demasiado delgado, con la piel plastificada alrededor de sus huesos.

Fue por los pitbulls que Jean elucubró que su papá y Buenaventura podían estar detrás de las desapariciones de los perritos del condominio. Había cuatro desaparecidos en tres meses, casi uno por mes. Se había armado una sicosis por culpa de estos inmigrantes robaperros, más bien comeperros. La gente hablaba leseras sobre los colombas de los campamentos. El rumor circulaba en los minimarket cuando llegaban a pegar los carteles «Se busca». Desde que llegaron los colombianos, los perros comenzaron a desaparecer; lo mismo opinaron de los chinos del chifa con los gatos y las palomas. Alguna vez se encontraron cabezas de palomas en las cañerías que emanaban de un chifa y así se inició, con alharaca en el diario de por medio, la idea popular de atribuirle a los extranjeros el gusto por zamparse animales domésticos. Lo mismo con Bolivia y los gatos, pues a alguien se le ocurrió decir que el plato nacional de Bolivia era el gato escabechado. Y los rumores, si son perversos y entretenidos, se adhieren como los resfríos.

Las personas dejaron de pasear a los perros afuera del condominio. Comenzaron a hacerlo adentro. No todos tenían la costumbre de recoger la mierda. A veces la recogía Jean, con una bolsa y una pala. Esta imagen les gustaba a los vecinos. Jean los odiaba por eso y en silencio pensaba en su tanque. Los miraba fijamente y agachaban la vista, menos con Patty, la bella Patty, quien una vez le pidió una bolsa y lo ayudó. Se quedó varias horas pensando en cómo sería abrazarla, hasta que el profesor le sacó la manía con un simple: Nunca te pescará. Lo que significaba un brutal ella no es como tú. Patty creía que Jean era demasiado tímido, ella era enamoradiza y le gustaban los gestos de nobleza y valentía del colombiano. También la cautivaban las personas que le daban un saludo afectuoso y respetuoso; o una simple sonrisa. Jean le había

llamado la atención cuando un pelotudo lanzó al suelo una de las servilletas con que limpiaba su boca grasienta de mayonesa casera de un completo; entonces, las recogió y lo increpó: Se le cayó algo, señor. Luego las botó en el basurero ante la mirada sorprendida del pelotudo, un joven estudiante que iba a la universidad en un auto pequeño. La pecosa observó toda la escena. Ella, que era de sentimientos intensos, amó a Jean y odió al joven a quien conocía, pero más se odió a sí misma por quedarse callada y amar en silencio.

Si ella no lo miraba por un asunto de plata, le respondió el grone al profesor, podría ahorrar y, dijo convencido, comprar máquinas tragamonedas y llenar Los Arenales con esos pequeños casinos que brillaban como árboles de pascua en los almacenes de las tomas. Ganaría dinero sin hacer nada. La madre, que era buena para ahorrar, a esas alturas ya tenía una en la peluquería y estaba juntando para comprarse otra.

Farandato lo miró con ternura y le repitió: No te va a pescar, mi negro.

El profesor estaba celoso. Jean sintió odio y esa era la primera vez que lo sacaba de quicio. Deseó insultarlo, pero Farandato, a sabiendas, le aconsejó que lo suyo con la pecosa debía ir paso a paso; lo primero era ganarse su amistad, y lo estás haciendo bien, chico, le dijo con una sonrisa que en su cara tensa más parecía una burla. Invítala al cine, afirmó el profesor, con el rostro más serio.

Los carteles de los perritos perdidos estaban dispuestos en las murallas y en la caseta. Ofrecían buenas recompensas. Jean era sospechoso. Los moradores del condominio no se detenían frente a la caseta cuando le tocaba el turno a él.

El método de los ladrones era el siguiente: se los arrebataban a la fuerza, especialmente cuando los paseaban mujeres o niños, y amenazaban a sus dueños, algo nerviosos, con matar a las mascotas: días después aparecían los carteles con la recompensa.

Una mujer le explicó al profesor cómo había sido devuelto el suyo: Con acento colombiano me dijo que le dejara la plata cerca del servicentro Petrobras. Después encontré a Flor —así se llamaba el chihuahua—, amarrada afuera de la reja del parque Juan López. Estaba flaquita, con garrapatas. Me miraba con su carita triste. Esos colombianos son unos desgraciados; disculpe que usted sea amigo del joven de la puerta. Hay que buscarlos y cortarles las bolas.

Fue esa mujer la que le dijo al profesor, porque a Jean no le hablaba, que los colombianos secuestradores malditos hijos de la gran puta andaban con dos perros que parecían pitbull. Y, en consecuencia, Jean asoció al padre y al Negro Buenaventura con los perros. Por suerte Jean estaba en la casa cuando don Lino intentó entrar para robarse otra caja.

Prometió, furioso, regresar.

Jean siguió sigilosamente al padre y a Buenaventura pero se percataron. Los hombres corrieron hasta desaparecer en alguna tripa del vertedero.

Si continuaban las desapariciones de animales, Jean perdería la posibilidad de trabajar de conserje. Mal que mal, era el hijo del ladrón.

Tampoco podía rescatarlos y traerlos de regreso, porque de inmediato lo asociarían con los robos. No estaba para héroe. Lo más prudente era pasear a alguno y encontrarse frente a frente con su padre. Y eso hizo. El profesor le consiguió un par de perros, después de aclarar que era un colombiano bueno y confiable. Con él, los dueños podían estar seguros, era un negro fuerte.

Comenzó a pasearlos de manera gratuita, siempre bajo la sospecha de que estaba detrás de las desapariciones, o de que sabía algo. Jean contaba con el respaldo del profesor. Después de un tiempo comenzaron a pagarle. Era un pituto. Los dueños de los perros sabían que los delincuentes no le podían venir con cuentos.

El padre se espantó al verlo y desapareció.

Fue la última vez que lo vio. Después de que se calmaron las cosas en la ciudad tras la gran riña que se conoció como la batalla de Antofalombia, fue con la madre al Servicio Médico Legal a reconocer a alguno de los seis colombianos achurruscados. Ninguno tenía detalles que lo hicieran identificable para la madre y el hijo. Respiraron tranquilos.

Jean supo unos meses después que su padre estaba vivo gracias a carteles como este:

«Se busca Bulldog Francés. Fue sustraído desde un furgón cerca del condominio Kútuías. Responde al nombre de Jota, tiene tres años, un ojo manchado color negro, motudo y la cola un poco pelada. Es juguetón. Tiene un gran valor para la familia. Se ofrece importante recompensa: \$500.000».

La mañana del gran partido, el Chascón Marcos se lavó los dientes y se miró al espejo para apreciar su cara de felicidad. Hizo chiclosas muecas; todas buscando la sonrisa perfecta. Salió del baño y pasó al living comedor de la casa, que parecía nunca terminar. No podía encontrar la puerta de la calle. Ahí comenzó el horror. Estaban sus padres, sentados en el living, uno al lado del otro, tomados de la mano. Eran negros y arrugados. Luego vio más negros. Su familia, sus amigos, sus conocidos. Todos negros. Y no encontraba la puerta. Se sentía ahogado en esa casa oscura, sin ventanas ni puertas. El Chascón despertó y dio un salto de la cama. Por fin respiró aliviado al ver la ventana de su habitación, que al fondo, después de la plomiza ciudad, exhibía el perfecto azul del océano Pacífico; dos barcos, que parecían flotar entre el cielo y el mar se veían a un costado, y por el otro el misterioso Cerro Moreno, como un islote volcánico adherido a fuerza al continente. Fue un sueño, solo un sueño.

Antofagasta amanecía y comenzaba el traqueteo de la locomoción colectiva. Sería un día corto. Rápido. A las ocho de la noche jugaba Chile y gran parte de la ciudad quería festejar. Saltimbanquis de rojo en la televisión. La radio que repasaba la alineación de Sampaoli. Se repetían hasta el cansancio antiguos partidos con Zamorano y Salas. Faustino Asprilla decía que Chile no era el de antes. Facebook estaba inflamado de arengas e insultos al rival. Más tarde se llenarían los supermercados. Carros con cerveza, vinos y carnes. Bares conectados a Caracol TV. Era viernes, fin de semana. Luego se desataría el carrete o la rumba.

El grupo de Facebook anticolombianos, al que pertenecía el Chascón, llamaba a que ante el triunfo o la derrota esa noche desataran toda su patriótica furia contra cualquier avejilla amarilla que tuvieran delante, pajarracos bananeros, piojos, decían, sea cual fuera el resultado. Había que dejar claro quién mandaba en esa ciudad. Y que Antofagasta, por sobre todas las nacionalidades que coexistían, era chilena gracias a los valientes soldados de la Guerra del Pacífico que correataron a los bolivianos de narices aguileñas hasta las faldas de los Andes, allá donde viven los cóndores. El Chascón era de esos que cantaban con pasión el himno nacional en cada partido, sea donde sea que estuvieran. Se ponía la mano al corazón y repetía: «o el asilo contra la opresión». Se sentía como un patriota; peor, como un soldado corriendo, trastornado, hasta la cima del Morro de Arica.

Él también era un inmigrante, pero un inmigrante interno. Ocultaba su etnia aymara desde su más profundo interior. En la escuela le machacaron como martillo en la cabeza sus rasgos indígenas.

Era el indio o el boliviano. No quiso, después, que nadie supiera de sus orígenes de cordillera. El bullying lo persiguió en Antofagasta, una ciudad que parecía orgullosa y agradecida únicamente de la inmigración croata. Una inmigración blanca, de la cual salieron millonarios como la familia Luksic, que tenía avenidas con estatuas de los suyos como Lenka Franulic o el alcalde José Papic. Llevar un apellido croata era una distinción en la escuela, no así uno que viniera de los Andes como Quispe o Titichoca. Marcos Mamani renegó de su historia familiar, de sus tradiciones, y se escudó en el thrash metal para armar su identidad.

Desde que hizo el servicio militar en un regimiento de Calama, donde se sintió respetado y valorado, su único horizonte era la bandera de la patria. Había que defenderla hasta el último hombre, si era necesario. La eterna fila de colombianos, a un costado de la plaza Colón, le sonsacó a ese patriota chabacano que cobijaba.

Mientras escuchaba un viejo disco de Atomic Agressor al desayuno, los ojos del Chascón Marcos parecían inflamarse todo lo que tuviera al frente. Esos barcos que antes descansaban en el mar, ahora parecían arder como piras funerarias. Marcos era Nerón y expelía fuego desde todos sus orificios.

A finales de noviembre Jean de a poco se ganaba la confianza de los vecinos. Pasaba la mitad del tiempo en la casa de Farandato y la otra mitad en la casa que en ese momento llamaba la de su madre, también la casa de las cajas. Lo más importante en esos días, y que celebró junto a Farandato con una pizza hawaiana, fue que por primera vez se quedaría oficialmente a cargo de la puerta del condominio, su mayor anhelo desde que se instaló al frente con la intención de venderle frutas a Patty, la pecosa. Manuel Lau —que para Farandato era un milico que se había vuelto loco por matar a personas durante la dictadura de Pinochet, aunque Lau lo negara y Jean no lo percibiera, o más bien ignorara el desquiciado pasado de los chilenos— había regresado al desierto en busca de su meditación; por lo menos eso dijo. Su ausencia le permitió trabajar como conserje por las tardes de las dos semanas que estuvo fuera de la ciudad.

Fue en esos días cuando se produjo el partido de Chile y Colombia por las eliminatorias para el Mundial de Fútbol de Brasil. Jean estaba en la caseta del condominio con una camisa celeste abotonada hasta el cuello y unos jeans, impecable. Ambos equipos jugaban en la sudorosa ciudad de Barranquilla. El país que ganara clasificaba para el Mundial.

Antofalombia estaba revolucionada.

El Chascón Marcos, el moreno cuarentón que cuidaba su físico en el gimnasio para usar poleras apretadas talla M de bandas de thrash metal escandinavo como Mayhem, se unió, como tanta gente esa anárquica noche, a la masa indeterminada de antofagastinos que lo único que deseaba era ver vencer a los colombianos. Si no se les ganaba en la cancha, se les ganaba en la calle, a combos, a patadas, a martillazos y a balazos; y si se les ganaba en el fútbol, la consecuencia era burlarse del primer colomba que se les apareciera en el camino, reírse en su cara, humillarlo y golpearlo.

Para el Chascón, junto a una amiga que conoció en el grupo Facebook anticolombianos, el crossfit del gimnasio y el odio hacia los colombianos se habían transformado en una forma de vida. La chica parecía normal en comparación a él, trabajaba en la repartición de gobierno de desarrollo social y quedó dañada por los colombas cuando su pareja conoció a una de esas mujeres culonas que llamaban la atención a cuanto viejo caliente había en la sopeada Antofalombia. Ahora, su ex pareja vivía con ella y su numerosa familia, que poco a poco había ido llegando desde Cali. El hombre, de puro caliente, no tenía problemas para apretarse en el departamento. La idea de su ex habitando el espacio que había sido de ambos con inmigrantes pudría a la asistente social. Y así encontró refugio en Facebook y luego en el Chascón Marcos.

A Jean le tocó recibir a los hinchas chilenos encuerados de rojo en el condominio. Venían a los asados que engrasaban la atmósfera con el tufo a chorizo quemado. En la mayoría de las casas había una parrilla echando humo, a esto se sumaba que era fin de mes y estaban recién pagados. Tocaba celebrar. Jean abrió la puerta y pedía la identificación, según el reglamento del condominio. Nadie quería identificarse ante un colombiano negro en la previa del partido que los enfrentaba. Jean aguantó impasible los insultos y los ofrecimientos de combos, unos en broma y otros bien en serio.

El Chascón Marcos, fatuo, de lentes oscuros espejados, arribó en su auto, un Kia deportivo, medio borracho, junto a su amiga y sus sobrinos, jóvenes que parecían sacados del comercial patriotero de cerveza Cristal. Uno de ellos le lanzó desde el auto, por la patria, por Chile, una lata de cerveza llena y después lo insultó. Jean cerró la puerta de la caseta pues entendió por fin que se trataba de una jornada especial. Se inyectó los audífonos en los oídos. En la radio sonaba «Gold», de Spandau Ballet, y se imaginó como X-Men. En esos minutos solo abrió la puerta de la caseta para recibir un choripán que le preparó con cariño Farandato, quien se sumó a los asados con su parrilla eléctrica instalada en la cocina, pero no para ver el partido, sino para repetirse *Carrie*, de John Carpenter.

Jean no escuchó los goles. Los primeros de Chile llegaron en ráfaga y así mismo los tres de Colombia, en el segundo tiempo, tres de Rodamel Falcao, que empató y clasificó a su equipo al Mundial. Chile —el Chile de Alexis y Vidal, el Chile de Bravo y de Gary— debió esperar el próximo partido ante Ecuador para clasificar, y esa rabia, esa desazón, esa impotencia, se desató contra los colombianos que celebraban el empate y su clasificación en el centro y en las calles de Antofalombia. Había que celebrar a costa de Chile. Varios chilenos salieron borrachos de los bares de calle Condell, con la intención de golpear a los colombianos enfiestados que celebraban con la cumbia *Loquito por ti* en la calle Sucre, entre Condell y Matta, donde ahí mismo tenían sus bares y peluquerías. Se armó en el centro una refriega con correrías para arriba y abajo, con los pacos en el medio, griteríos y balazos al aire, y eso era un ápice de lo que sucedía en los cerros que comenzaban a anaranjarse.

Jean era un grone maricón, por qué no das la cara, negro re culiao, por qué no bajái a pelear, negro conchesumadre. El grone parecía reírse como un cuervo en la cara de los borrachos, colorados como choripanes, que brotaban frustrados e iracundos desde las casas del condominio; lo insultaban, siempre con un negro y el conchasumadre, hasta que llegó el momento en que uno de los gordos parrilleros le lanzó con toda la fuerza de quien quiere vengarse de una afrenta, un piedrazo a la caseta y la piedra, redonda, del porte de un puño, sacada del jardín de piedras que hizo con esmero un paisajista de apellido Aracena, le alcanzó el rostro. Jean no sintió el golpe ni la sangre que le emanó de un corte en el ojo y, poseído por la adrenalina, quiso vengarse con sus manos, pies y un palo, porque estaba bueno ya del hueveo de estos chilenos maricones, hijos de las mil putas.



Y el colombiano salió de la caseta decidido a pelear. Esa imagen de negro agresor había circulado tantas veces en la cabeza de los patriotas, que era el momento preciso de sacarle la mierda a otro colombiano delincuente de mala vida. Con esa carga demencial, los patriotas, como la fila del equipo de rugby de la selección chilena apodado los Cóndores o como unos choripanes humanos, zamarrearon al pobre Jean que los superaba en estatura pero que no sabía mucho de combos, hasta ensañarse.

Después de unos minutos de gorpiza, y cuando Jean no se movía, llegó el Chascón Marcos, quien, como la guinda de la torta, pateó con fuerza el rostro del negro y lo escupió. La asistente social, hecha un amasijo de nervios pues nunca en su vida había visto tanta violencia, le dijo al Chascón que el negro no se movía, que era mejor huir rápido porque llegarían los pacos, que a lo mejor el negro estaba muerto y que podían haberse transformado en asesinos, y ella aparecería como cómplice de esa historia de odio racial.

Patty, la de Snoopy, le avisó entre gritos a Farandato que le habían pegado al negro lindo de la portería.

El profesor, quien en minutos pasó por distintos estados emocionales —gritos, llanto, ira—, llegó al lugar donde Jean estaba tendido con la sangre bullendo de los cortes en la cara. El negro respiró y se quejó; eso lo tranquilizó. Jean le sonrió y le confesó que se sentía bien. Era un negro duro, aguantador. Para no esperar la demora de la ambulancia, el profesor lo subió a su auto para llevarlo al hospital más cercano. Al salir del condominio, por la avenida Pedro Aguirre Cerda, Farandato se encontró con una ambulancia y un radiopatrullas que venían a toda velocidad. Intentó detenerlos pero pasaron de largo. Iban a otra emergencia.

La ciudad, en ese momento, explotaba de tanta mierda acumulada contra los colombas y viceversa, y en ese follón se paría a la nueva Antofalombia. Era cuestión de ver los incendios en los cerros: varios campamentos ardían. No se podía respirar allá arriba. El olor a quemado bajaba a la costa, hacia los condominios, como un hálito de mal agüero. ¿Quiénes ardían? ¿Los pobres? ¿Los inmigrantes? ¿Los colombianos junto a los bolivianos y peruanos? Los habitantes del condominio miraban como aturcidos la dentadura del incendio, algunos con las manos manchadas del carbón de los asados. No sabían cómo reaccionar. Miraban, helados y atornillados, como si lo que pasara arriba de sus casas, detrás de los muros, fuera una trágica película en la televisión. La parrilla canalla en el cerro dejaba a cientos en la calle, sin nada, casi como llegaron a la ciudad. Jean, con la vista en el fuego, se paró como Lázaro, bajó del auto y corrió hacia el condominio con la misma fuerza de Usain Bolt, como una gacela entre el concreto: era un negro, un negro fuerte y nada lo iba a amilanar ahí.

Jean pensaba en los golpes que no había devuelto. Quería destrozar a esos chilenos que lo atacaron en grupo. Chilenos maricones.

Farandato, atónito, observaba cómo esa pantera corría a defender a su gente, como un guerrero en el sentido clásico, hasta que Jean desapareció entre la tierra avinagrada.

Los cerros ardían en llamas que iban avanzando entre las casas. Algunos chilenos no permitían el paso a los bomberos, que esperaban la llegada de los pacos para avanzar. Los pacos estaban ocupados en las otras peleas, que abundaban. El incendio había sido originado por un espontáneo grupo de chilenos, medio borrachos tras el partido, como tantos, quienes desataron su ira contra los vecinos del campamento de al lado, que celebraban la clasificación.

Y así, en la batahola, el grupo se creyó con la determinación de golpear a todas las lacras colombianas que encontraran a su paso, hombres, mujeres y niños, y algunos colombianos del campamento, que ya habían vivido las quemaduras y asesinatos y todo ese cuento de exterminio en la selva, agarraron fierros y palos, y con lo que tuvieran a mano, salieron a defenderse.

Fue entonces cuando Jean, el príncipe de Antofalombia, intentó hacer andar el viejo tanque de Pinochet.

Título original: *Ciudad berraca*

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Rodrigo Ramos Bañados

© 2018, © 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-9977-28-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.megustaleer.cl](http://www.megustaleer.cl)

cover